

VR vida religiosa

MAYO 2024 | Nº 5 vol. 137



NOVEDADES



LOS VOTOS EVANGÉLICOS

Memoria, relato, utopía

BONIFACIO FERNÁNDEZ. Págs. 184. P.V.P.: 12 euros

En los evangelios encontramos un proyecto de vida apasionante. Jesucristo aúna la condescendencia divina y la plenitud humana. Su estilo de vida ha inspirado y sigue inspirando una multitud de modelos de vida. La consagrada se caracteriza, entre otros rasgos, por la promesa y el compromiso de vivir los consejos evangélicos en forma de votos.

Un texto útil para la formación inicial y permanente, provisto de materiales y sugerencias para la personalización y el diálogo comunitario.

COMUNIÓN Y FRATERNIDAD

Dos tareas siempre pendientes

53ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada

ANTONIO BELLELLA CARDIEL. P.V.P.: 18 euros

Este volumen ya en preparación recogerá las voces de los hombres y las mujeres que participaron en la 53ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada, que tuvo como tema central de reflexión la *comunión* y la *fraternidad* en torno a cinco bloques: somos Iglesia, somos camino, somos comunión, somos fraternidad y somos construcción.

Mons. Luis Marín de San Martín · María Pilar Quiroga Méndez · Carlos L. García Andrade · Pablo Largo · María Concepción Tzintzún Cruz · L. A. Gonzalo Díez · Rafael Matas · Silvia Martínez Cano · Ana Isabel Vicente · José María Pérez-Soba · Estrella Rodríguez · Mariano Sedano...

En preparación



 PUBLICACIONES
CLARETIANAS

Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

LA «DIGNIDAD INFINITA» DE LAS PERSONAS CONSAGRADAS

La reciente declaración *Dignitas infinita* del Dicasterio para la Doctrina de la Fe se abre de modo enfático: “Una dignidad infinita, que se fundamenta inalienablemente en su propio ser, le corresponde a cada persona humana, más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre”. Estas palabras encuentran también eco en la vida consagrada, formada por personas humanas que aspiran a conseguir su plenitud personal en el seguimiento de Cristo.

La necesaria abnegación que supone este estilo de vida –y que se expresa de manera singular en la profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia– nunca debiera utilizarse como coartada para justificar la violación de la dignidad personal o cualquier forma de abuso espiritual, sexual o de poder. De hecho, hablando de los superiores, el canon 618 prescribe que “mostrándose dóciles a la voluntad de Dios en el cumplimiento de su función, gobiernen a sus súbditos como a hijos de Dios, fomentando su obediencia voluntaria con respeto a

la persona humana”. Este respeto a la dignidad personal “le corresponde a cada persona humana, más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre”, incluidas obviamente todas las formas de vida consagrada.

Por desgracia, no siempre ha sido y es así. Hoy somos muy sensibles a las distintas formas de abuso que han mancillado la dignidad de las personas consagradas. No podemos seguir tapándolas y mucho menos justificándolas desde la *kénosis* que supone la profesión religiosa o desde tradiciones seculares.

Refiriéndose a las mujeres consagradas, que constituyen la gran mayoría de los consagrados, el papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Vita consecrata* (1996), escribía: “La mujer consagrada, a partir de su experiencia de Iglesia y de mujer en la Iglesia, puede contribuir a eliminar ciertas visiones unilaterales, que no se ajustan al pleno reconocimiento de su dignidad, de su aportación específica a la vida y a la acción pastoral y misionera de la Iglesia. Por ello es legítimo que

la mujer consagrada aspire a ver reconocida más claramente su identidad, su capacidad, su misión y su responsabilidad, tanto en la conciencia eclesial como en la vida cotidiana” (n. 57). Queda todavía un buen trecho para la realización de este sueño.

Solo si vivimos en nuestras comunidades un respeto exquisito a la dignidad inviolable de cada miembro (sobre todo, de los más frágiles) podemos trabajar de manera creíble por la dignidad de las demás personas. La instrucción *Caminar desde Cristo* (2002) nos señalaba un camino: “La misión, en sus formas antiguas o nuevas, es antes que nada un servicio a la dignidad de la persona en una sociedad deshumanizada, porque la primera y más grave pobreza de nuestro tiempo es conculcar con indiferencia los derechos de la persona humana” (n. 35).

Dado que en muchas partes del mundo son las mujeres quienes más sufren esta conculcación de derechos, Juan Pablo II, en la exhortación *Vita consecrata*, señalaba

explícitamente que “un ámbito particular de encuentro fructífero con otras tradiciones religiosas es el de la búsqueda y promoción de la dignidad de la mujer. En este punto las mujeres consagradas pueden prestar un precioso servicio, en la perspectiva de la igualdad y de la justa reciprocidad entre hombre y mujer” (n. 102).

En la oración vespertina, varias veces al mes alabamos a Dios Padre “que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales” (Ef 1,3). Estos bienes incluyen la filiación divina, el perdón de los pecados... un verdadero derroche de gracia que es el fundamento de nuestra “dignidad infinita”.

Un grupo de personas “dignas” se dedica a la alabanza a Dios y a la lucha por promover la dignidad de todos. En sus filas no hay espacio para los abusos. **Vr**

Nuestra portada

¡Claro que hay jóvenes consagrados! Son menos que hace unos años, pero en ellos se perciben los rasgos de la vida consagrada del futuro. Pertenecen a la generación “inter”. Disfrutan viviendo entre culturas, entre generaciones, entre institutos, entre formas de vida cristiana, abiertos al diálogo cultural, ecuménico e interreligioso. ¡Merece más la pena cultivar las semillas que brotan que dedicarse a arrancar las posibles malas hierbas!





www.vidareligiosa.es

4

Historias menudas

Mariano José Sedano

5

«Es precioso ver a Cristo en las manos que cuidan y son cuidadas»

Carlos González

10

Senderos sinodales

Jolanta Kafka

11

Algunas reflexiones sobre la historia y el desarrollo de la vida religiosa en el contexto estadounidense

Steve Niskanen

20

Hablando en dialecto

Dolores Aleixandre

21

Retiro:

La fidelidad en la prueba

Juan Carlos Martos



29

Algo está brotando

Miguel Márquez

30

Entrevista:

Mons. Luis Marín de San Martín

Ignacio Virgillito

36

El altavoz

Silvia Rozas

37

Teología de la vida consagrada

Ricardo Volo

40

Institutos de vida consagrada

Miguel A. Llamazares

43

La temperatura de la comunión en la Iglesia

Ignacio Virgillito

47

Desde Oriente

Paulson Veliyannoor

48

Lectura recomendada

Pedro M. Sarmiento



Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Pedro M. Sarmiento.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Miguel A. Gil. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

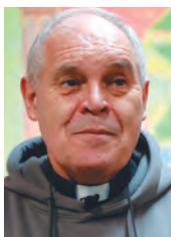
email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido). Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS



Piedras que flotan

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

A 190 kilómetros del lugar en el que vivo existe una ciudad cuyo nombre en ruso suena solemnísimo: La gran Señora Novgorod. Es una de las ciudades más antiguas de Rusia. Su nombre –“ciudad nueva”– supone la existencia, ya antes del siglo VIII, de una ciudad anterior. A pesar de hallarse en el interior de Rusia, Novgorod está unida por ríos y lagos con el mar Báltico y los demás mares del Norte. Por eso, desde antiguo ha sido una ciudad abierta a otras culturas a través del comercio. Pertenecía al selecto club de ciudades de la Liga Hanseática en la Edad Media.

Esa ciudad guarda una historia curiosa y menuda de un monje que llegó hasta allí navegando sobre una piedra procedente de Roma. Se trata de Antonio, “el romano”. Todo está tejido de leyendas inverosímiles, comenzando por su pétreo medio de transporte que, además, lo llevó en solo tres días desde las costas italianas hasta Novgorod (los mismos que yo he tardado en llegar de San Petersburgo a Madrid, por las fronteras cerradas).

El tipo en cuestión era un monje fiel a la fe ortodoxa en medio de los pérfidos latinos. Tras la muerte de sus padres, se había retirado del mundo. Vivía como eremita junto al mar. Un día se levantó una tormenta formida-

ble y la roca sobre la que estaba se desprendió y cayó al mar. Pasando el “mar cálido”, el Neva, el lago Ladoga y el Voljov, nuestro monje navegó sobre la piedra hasta Novgorod. Esto sucedió en septiembre de 1106.

Al llegar, Antonio no comprendía el ruso y se comunicaba a través de un intérprete que conocía el griego. Después rezó y Dios le abrió el entendimiento de la lengua rusa. Algo más tarde fundará un monasterio en honor de la Natividad de la Madre de Dios del que fue nombrado *higúmen*, donde murió y está sepultado. Al lado de su tumba se ve la piedra enorme que le hizo de medio de transporte.

Desmenuzando todo esto bajo la lupa de la crítica histórica, descubrimos a uno de los miles de monjes irlandeses que se engolfaron en la mar oceánica como peregrinos por Cristo. En su *peregrinatio* llegaron –hoy es evidente– hasta América, Groenlandia, Escandinavia o Rusia. Habían decidido perderlo todo, hasta la patria, erradicarse y plantarse en otros lugares. Nacer de nuevo. Para quien hace una opción tan radical de desapego, hasta las piedras más pesadas de tropiezo (lengua, cultura, comida, costumbres...) se vuelven menudas y ligeras, como un barco velero. ¡Menudo desafío! **VR**

EXPERIENCIAS



Hasta el último aliento por amor

«Es precioso ver a Cristo en las manos que cuidan y son cuidadas»

Jesús de Nazaret se identifica con los enfermos de una manera tan especial que Él mismo adquiere sus rostros porque los quiere y los ama. Despacio, con la respiración enardecida por el Cáliz donde habita, anida cada una de sus grietas, las abraza y las infunde de sentido. Es el latido primero y último de aquellos que se han dado por entero a Dios y que ahora, en el lecho de su enfermedad, se dejan cuidar por las manos compasivas de Cristo.

Carlos González García
PERIODISTA Y ESCRITOR

El arte de envejecer adquiere un sentido admirable cuando posas cada una de tus heridas en la piel del Cordero, cuando apenas queda salud y solo queda dejarse cuidar por puro amor. Un sentir que se hace verdad en las enfermerías donde viven religiosos y religiosas mayores que necesitan darle un sentido pleno al dolor, a la caricia, a la ausencia que se esconde tras la fe.

La caricia habitada de Dios

Es media tarde y la primavera comienza a aflorar con alegría en el número 11 de la calle Rafael Calvo, en el madrileño barrio de Chamberí. «Cuando beso o abrazo o le digo una cosa bonita a una de mis hermanas, estoy viendo que el Señor lo está recibiendo, y esa fe ilumina mi gesto», revela -tras el velo piadoso de un suspiro- la voz acompasada de sor Rosalía Vázquez.

Llega lento, reza, ríe y habla frágil, porque cuida a la manera de Dios, velando cada paso y amando cada herida. Solo arrastra un poco el peso quebradizo de sus pies, el que exhalan con pasión sus 90 años de vida, mientras anda por el tramo del camino que más duele. Y se queda en la mirada de los ojos que le observan; con cuidado, tras lo frágil, con piedad.

«Se trata de servirle a Él en los pobres»

El hábito de Hija de la Caridad configura del todo su gesto. 68 años de entrega como religiosa son nada para un amor que lo puede todo. Tras 35 años donados en la misión *ad gentes*, ahora Rosalía se ocupa de cuidar a sus hermanas desde el cáldo ropero que huele a leche y pan. Y lo hace con dulzura: en la paciencia de un zurcido peliagudo, en la blusa que ha perdido la costura por el

tiempo o en el hilo descosido de un botón, a la sombra del cenáculo donde Cristo sufre y ríe a cada instante.

“Me ocupo de su ropita, si hay que acompañarlas a alguna consulta, si tengo que estar con ellas en el hospital porque están enfermas... Esas pequeñas cositas, porque otra cosa ya no puedo hacer. Se me gastaron las fuerzas en el camino, pero esos servicios sí los hago con todo el cariño que puedo”, descubre la religiosa toledana desde La Casita, el primer hogar que se fundó para hermanas mayores y enfermas. Una vocación que vive como un regalo del Señor, a quien ama, sobremanera, a través de la enfermedad de sus hermanas. “Es precioso ver a Cristo en las manos que cuidan y son cuidadas”, susurra, pues es un detalle en el que insistía mucho san Vicente de Paúl, su fundador, y que ha ido jalonando su vocación... “En nuestros fines está muy claro”, insiste, “y se trata únicamente de servir a Dios en los pobres”. ¿Y qué siente cuando lo hace?, le pregunto. “Mucho, mucho cariño. Yo le digo al Señor: todo lo que hago con mi hermana, que está tan malita, eres Tú quien lo recibes. Y Él sonríe. Al final, es a Dios mismo a quien cuidas”.

«Mi única razón es el Amor»

Esta cita tan inesperada con la vulnerabilidad sorprende, y mucho. Es una manera tan entregada de vivir que, no todo el mundo conoce, y mucho menos comprende. “Jesús tiene el rostro de cada una de mis hermanas de la enfermería. Y, por eso, en cada una de ellas me encuentro con Él” me confiesa estar mucho más enamorada que el primer día que le dijo que deseaba estar con Él hasta el final de su vida: “Cuando estoy sirviendo a las hermanas, estoy viendo y tocando el Cuerpo herido

del Señor. Y Él me está mirando con ternura”.

Ataviada con una sonrisa que lo desborda todo, no se cansa de abrigar a quien le mira. Antes de despedirnos, una hermana pasa por su lado y le apunta algo muy bajito. Yo apenas lo entiendo, aunque su gesto de ternura supera cualquier lenguaje. “Es otra sor, que está muy malita y necesita que vaya”, me cuenta, dispuesta a volver al recinto custodiado donde habita el Eterno. “A veces también duele, claro que duele –descubre–, pero solo puedo decirte que a los 90 años, a pesar de todas mis limitaciones y fallos, siento que el Señor me sigue queriendo y llamando desde esta enfermería. Y aunque sea viejecita no importa, porque el amor no envejece. Y ese cariño del Señor hacia mí yo se lo intento devolver con mi alegría. ¿Por qué estás siempre contenta?, me preguntan mis hermanas. Y es que solo tengo razones para la alegría. Porque, a pesar de los límites de mi edad, mi única razón es el Amor”.

Un Padre que transita con dulzura

Mi amigo César Cid, experto en cuidados paliativos, me dice a menudo que la enfermedad nos presta una luz para observar esas pequeñas cosas en las que no nos habíamos fijado. Porque resistirse al sufrimiento impide la verdadera conciencia de lo que somos, de descubrir cuál es nuestra verdadera naturaleza. Y es que no es fácil abrirse al dolor y abrazarlo en la enfermedad; tampoco para los consagrados mayores que, desde siempre, han dispuesto su todo para dárselo el Señor.

Dios transita sin dominar lo que acontece, con dulzura. Y aunque a veces guarda silencio, quedarse en su latido supone descubrir que es

imposible vivir sin amor y que sin dolor no se ama...

«Ofrecemos nuestros sufrimientos por este mundo un tanto loco»

“Desde esta enfermería, los consagrados ofrecemos nuestros sufrimientos y la oración por este mundo un tanto loco”. José Ángel Obeso tiene 84 años y vive, desde hace dos, en la Casa de Salud que tienen los Salesianos de Don Bosco en Arévalo (Ávila). Su manera de definirse explica lo que guardan sus ojos: “Soy un religioso salesiano coadjutor (no sacerdote), en paro obligatorio por mi estado de salud, pero alegre y conforme con lo que Dios nos manda”.

Vive su vocación con naturalidad y, cuando me quedo en la medida de sus gestos, muestra orgulloso al niño enamorado que lleva dentro, con un hilo de voz que colma de piedad todas las melodías que ha callado el impetuoso paso del tiempo. “No sé



si veo el rostro de Cristo en quienes me cuidan, pero sí capto el amor y la delicadeza con que nos tratan, y ahí sí está Dios”, asiente, con infinita misericordia, por aquellos hermanos que no descuidan ni una sola de sus llagas: “En la Cruz, Jesús nos enseñó lo que puede ser la misericordia: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”.

Una entrega hasta el final, la del hermano José Ángel, que abraza las espinas más punzantes del dolor: “No sé si las espinas se pueden amar, pero sí aceptar, siguiendo el ejemplo de Cristo que ofreció su vida por la salvación de los hombres”.

«Todo ha merecido la pena»

El religioso salesiano ha dedicado más de media vida a la educación escolar, sirviendo sin descanso, donando cada tramo de su alma. Le recuerdo, siguiendo la cadencia de su sentir, que Jesús nos enseñó que el

amor solo se puede pagar con amor. Y su respuesta corresponde a quienes cuidan de él “con respeto y oración”, y suscita silencio, compasión y cuidado... “La actitud de las personas que me atienden ayuda con su entrega, bondad y cercanía” y, por ello, “es fundamental salir un poco de uno mismo, darte cuenta de que no eres tú solo, de que a tu lado hay otros que también sufren y hacer lo posible por crear un ambiente positivo».

El Cuerpo y la Sangre de Cristo vagan, cada día, por delante de sus grietas. Y José Luis, que siempre fue de entregarse, ahora se deja querer mientras abandona su silla de ruedas muy cerca del Madero que custodia su bondad: “Todo ha merecido la pena, y solo puedo decir que fuera del tráfago de la vida escolar, a la que he dedicado más de sesenta años, he encontrado paz, reposo y serenidad en esta nueva etapa de mi vida”.

La sonrisa más perfecta del Padre

Los religiosos y religiosas que ahora están en la enfermería son la fuerza de la Iglesia, el testimonio más vivo de una entrega inagotable, la sonrisa más perfecta de Dios. También en el silencio de la Eucaristía, que bruñe y humaniza la existencia. Desde ahí, donde Él es para toda la humanidad, renace el corazón de sor M^a Dolores Isern.

Desde muy pequeña, esta religiosa aprendió la importancia de cuidar con detalle y con amor. Ahora, el monasterio de San Gregorio Magno de Alcañiz (Teruel), de las madres dominicas contemplativas, sostiene su plegaria cual milagro abandonado en las manos de Dios. “A mis 90 años, vivo mi vocación con la misma ilusión del primer día; con fe, con esperanza y con un amor gozoso por aquel



José Ángel Obeso

que me ha amado y me ama hasta el extremo”, reconoce, mientras se descubre profundamente seducida por el Verbo encarnado: “Vivo en actitud de ofrenda como prolongación de la Eucaristía de cada día, ofreciéndome al Padre por Jesús, con Él y en Él, en todo el acontecer de mi vida de alabanza, oración, trabajo y convivencia fraterna, con sus alegrías y renunciaciones”.

La religiosa atiende como puede y se deja atender por cada una de sus hermanas, porque dejarse cuidar también forma parte de la misión. “Trato de devolver la ternura, la delicadeza y la bondad que recibo –admito– con gratitud y amabilidad, intercediendo por esas personas que Dios ha puesto a mi lado en estos momentos de debilidad y limitación”.

«Amar cuando nada nos cuesta no tiene mérito»

M^a Dolores reconoce que “quisiera ser independiente del todo” como ofrecimiento al Dios que tanto ama. 70 años como monja contemplativa, y 9 de ellos prometidos en la enfermería, recapitulan su sentir: “Por amor y sacarás amor, pues haciendo esto estamos esparciendo el buen olor de Cristo, que es el que da la verdadera vida al mundo”.

Cada enfermería religiosa es “como un pequeño hospital de campaña en medio de nuestros pueblos y ciudades, como debe ser la Iglesia”, descubre, con los párpados aferrados a la Belleza. “Amar cuando nada nos cuesta no tiene mérito”, deja entrever, consciente de que Dios llora todos los dolores del mundo. Sin embargo, “cuando aparecen las dificultades y dependes de otros para lo más básico, esto hace que reconozcamos nuestra pequeñez y pobreza, que uniéndola a la que Cristo

vivió sabemos que se transforma en un dolor redentor”.

Santo Domingo de Guzmán brillaba por su compasión hacia los pobres y los alejados de Dios, y trataba de ayudarlos siempre... “Su exclamación frecuente, movida por la caridad, era ‘Señor, ¿qué será de los pobres pecadores?’ Y nosotros, después de más de ocho siglos, tratamos de seguir su ejemplo», confiesa la religiosa dominica, desde una fidelidad eucarística que se hace presente en la debilidad de nuestra humanidad herida, débil, enferma, impotente y frágil. “Esto lo vivo al dar o al recibir un vaso de agua, una palabra de aliento, de consuelo, de ánimo, una sonrisa, una caricia... ¡Y lo vivo con gran alegría, paz y esperanza! ¡Él lo es todo para mí!”.

Vidas traspasadas por el amor del Cordero

Vidas trabajadas y ofrecidas juntamente con Cristo como pequeñas hostias que se dejan consagrar y consumir en los pequeños detalles de cada día, como preparación al encuentro definitivo. Vidas traspasadas, en el abismo de su enfermedad, por el amor inenarrable del Cordero. Vidas que cuidan y son cuidadas a la manera de Dios.

Mientras trato de poner palabras a esta plegaria vivida junto a Rosalía, José Ángel y M^a Dolores, recibo un mensaje de César, quien viene de acompañar a un amigo en su final. Su prosa, escrita para una despedida serena, envuelve de sentido el corazón de este regalo: “Al final, llorar contigo el sufrimiento del hermano adorna de luz tu vida y la mía”. 

SENDEROS SINODALES



Navegar en la incertidumbre

Jolanta Kafka

MISIONERA CLARETIANA (REUS, ESPAÑA)

Me acompañarías a la otra capilla? - preguntó la hermana al catequista.

- No sé cómo está la ruta; no sé si nos podrán dejar la moto; no sabría decirte si se quiebra el tiempo; no sé si el paso por el río es vadeable; en fin... no lo sé, pero si estás dispuesta a acoger lo imprevisto, ¡vamos! Si no nos atrevemos, puede ser que otro mes más se quede esperando que les visitemos, que tengan una celebración con la Palabra y la Eucaristía.

Desde luego que emprender un viaje sin seguro, sin saber dónde pasar la noche, con quiénes nos encontraremos... puede llamarse aventura o atrevimiento y valentía. Pero cuántos caminos nuevos se han abierto, cuántos encuentros y relaciones recuperadas, cuántos horizontes ensanchados por lanzarse en un sólo acto de confianza, de pasión por la gente; por no dejarse encerrar por el miedo. ¿Qué nos contrarían de ello los fundadores?

Con la apertura del Sínodo sobre la Sinodalidad, Iglesia comunión, misión y participación (octubre 2021), el papa Francisco nos ha invitado a caminar juntos al viento del Espíritu, a buscar senderos nuevos. A habitar las tensiones generativas... A navegar esta incertidumbre, con el Viento que

“no se sabe de dónde viene ni adónde va” (Jn 3,8).

A unos meses de la conclusión de la primera Sesión de la Asamblea Sinodal de octubre de 2023, a la luz de sus primeros frutos, se nos sigue invitando a seguir esta travesía, explorar, ahondar y participar en la nueva consulta. Se nos invita insistentemente a perseverar en la actitud fundamental, con la única regla que se nos ha dado: “permanecer a la escucha del Espíritu: Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, donde todos -pueblo de Dios, Colegio Episcopal, Obispo de Roma- se escuchan para oír la voz del Espíritu Santo” (cf. Card. M. Grech, *Carta a los Obispos*, Secretaría del Sínodo, enero 2024).

¿Llevamos esta travesía, navegando la incertidumbre con el Espíritu? ¿Dónde vamos a participar en esta etapa de búsqueda de senderos nuevos de la misión de la Iglesia?

REFLEXIÓN



Algunas reflexiones sobre la historia y el desarrollo de la vida religiosa en el contexto estadounidense

La vida consagrada de los Estados Unidos no siempre es bien conocida por los consagrados de otras latitudes. El claretiano Steve Niskanen, estadounidense de ascendencia finlandesa y alemana, presenta una síntesis histórica y describe la situación actual señalando algunos de los desafíos más acuciantes.

Steve Niskanen, CMF

VICARIO PARROQUIAL, CHICAGO (ESTADOS UNIDOS)

Soy un religioso estadounidense de 63 años, de ascendencia finlandesa y alemana, miembro de los Misioneros Claretianos de la Provincia de Estados Unidos-Canadá. Durante los últimos 12 años, he vivido y ejercido mi ministerio en Chicago como formador y maestro de novicios para nuestros estudiantes (2012-2018) y como vicario parroquial de nuestra parroquia claretiana, Nuestra Señora de Guadalupe (2018-presente), que es más del 90% latina y de habla hispana.

En las siguientes reflexiones, espero ofrecer un breve esbozo del desarrollo de la vida religiosa en Estados Unidos, su compromiso con la llamada a la renovación del Concilio Vaticano II y su evolución actual, que ofrece signos de esperanza, incluso durante una larga temporada de descenso general del número de miembros. Finalmente, daré mis propias razones para tener esperanza en la revitalización de la comunidad de mi propia Provincia, a pesar de la disminución del número de miembros.



Muchos misioneros establecieron relaciones con los nativos y aprendieron sus lenguas

Inicios

Incluso antes de la fundación de Estados Unidos en 1776, en el territorio que ahora abarca, los misioneros franciscanos de España en el suroeste y los misioneros jesuitas de Francia en las regiones noreste y central intentaron en los siglos XVI y XVII

difundir el mensaje del Evangelio entre los pueblos indígenas de la vasta tierra. Estos esfuerzos de evangelización a veces carecían de la sensibilidad de los estándares actuales hacia las “semillas de la Palabra” presentes en la cultura y la religión de los nativos. Pero, a pesar de estas deficiencias, muchos misioneros establecieron relaciones con los nativos, aprendieron sus lenguas e hicieron valientes intentos de inculcar el Evangelio. Algunos, como el jesuita francés Issac Jogues (fallecido en 1646), dieron un testimonio heroico de Cristo sufriendo el martirio. Uno de los frutos de esta primera evangelización de Norteamérica es la primera santa nativa americana, Kateri Tekakwitha (1656-1690), nativa de la tribu mohawk cuyas tierras ancestrales incluyen partes de lo que hoy es la provincia canadiense de Quebec y el estado estadounidense de Nueva York.

La presencia de religiosos y religiosas en EE.UU. fue escasa durante el siglo XVIII, pero empezó a cambiar radicalmente en relación con las importantes oleadas de inmigración procedentes de Europa que comenzaron a mediados del siglo XIX y continuaron durante las primeras décadas del siglo XX. En 1820, sólo había 270 religiosas y 150 sacerdotes (diocesanos y religiosos) en todo el país. A finales de siglo, había 40.340 religiosas y unos 12.000 religiosos y sacerdotes diocesanos juntos¹. Este crecimiento se debió en gran parte a las fundaciones europeas de hermanas, hermanos y sacerdotes (especialmente de Irlanda, Francia, Alemania, Italia y España) que enviaban miembros para ejercer su ministerio entre otras personas de su grupo étnico que habían emigrado a EE.UU. Las hermanas, especial-

mente, fueron reclutadas activamente por los obispos estadounidenses y algunos párrocos para establecer escuelas católicas e instituciones benéficas que amortiguaran contra la discriminación étnica y preservaran los valores culturales y religiosos de los inmigrantes. Estos religiosos se adaptaron a las necesidades que descubrieron entre la gente, haciendo gala de ingenio y espíritu emprendedor al construir instituciones educativas y sanitarias, incluidos algunos de los primeros hospitales de Estados Unidos. Con el tiempo, hermanas, hermanos y sacerdotes nacidos en Estados Unidos se unieron a estas comunidades europeas, inspirados por la vida y el testimonio de sus miembros.

La llamada a la renovación del Vaticano II

Sin embargo, justo cuando la vida religiosa estaba en auge y se cons-

truían nuevos seminarios y conventos a principios de la década de 1960 para albergar a los nuevos miembros, el tumulto de la época empujó a muchos religiosos y religiosas a cuestionar su fe y sus motivaciones, incluido el significado y el valor de su compromiso con los votos. Muchos hombres y mujeres abandonaron la vida religiosa durante este período turbulento, cuando discernieron que su compromiso con el estilo de vida célibe se había hecho prematuramente. Esta reevaluación vocacional tuvo muchos factores causales: la nueva conciencia de los derechos de la mujer y la igualdad; la revisión de la identidad personal y las costumbres y roles sexuales tradicionales; la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos y la división social por la guerra de Vietnam. La propia Iglesia puso en crisis la antigua concepción de la vida religiosa como una “vocación superior” con



las enseñanzas del concilio Vaticano II sobre la llamada de todos los bautizados a la santidad y al ministerio, abriendo nuevos caminos al ministerio eclesialístico laico sin votos.

”

Tras el Concilio, se inició un proceso de discernimiento guiados por el *ressourcement* y el *aggiornamento*

El concilio Vaticano II supuso una coyuntura crítica para la vida religiosa estadounidense que todavía se está procesando y recibiendo de diversas maneras. El Concilio llamó a los religiosos y religiosas a renovar las estructuras, la espiritualidad y la

misión de sus comunidades. Los religiosos y religiosas de EE.UU. y de todo el mundo iniciaron este proceso de discernimiento guiados por dos palabras clave del Concilio: *ressourcement* (una vuelta al espíritu y misión fundacional del instituto) y *aggiornamento* (una actualización de la misión y estructuras de la comunidad para responder a la llamada de Dios percibida en los signos de los tiempos). En esta época de cambios, algunas comunidades femeninas modificaron o abandonaron el hábito religioso, sobre todo si no se había llevado originalmente. Cuestionaron los modelos jerárquicos que habían cubierto su experiencia de vida comunitaria y exploraron modelos más igualitarios, inspirados en el Evangelio, de vivir y servir juntas.

Un ejemplo de este cambio de conciencia fue la decisión de 1971 de



cambiar el nombre de la Conferencia de Superiores Mayores de Mujeres por el de Conferencia de Liderazgo de Religiosas (LCWR). Esta organización representa actualmente a cerca del 60% de las comunidades religiosas femeninas de Estados Unidos. Otras comunidades, según su propia recepción de las enseñanzas del Concilio, confirmaron su deseo de conservar el hábito religioso y las formas tradicionales de organización y espiritualidad. Estas comunidades formaron un grupo alternativo, el Consejo de Superiores Mayores de Religiosas (CMSWR), que fue reconocido formalmente por el Vaticano en 1992. Estados Unidos es un país único, ya que cuenta con dos organizaciones oficiales de liderazgo para religiosas. En las páginas web de estas organizaciones -www.lcwr.org y www.cmswr.org- se puede ver cómo expresan el carisma común de la vida religiosa con símbolos y perspectivas teológicas y ministeriales diferentes. En cambio, la organización estadounidense para religiosos masculinos conserva su nombre original -*Conference of Major Superiors of Men*- y se puede acceder a su visión y autocomprensión en www.cmsm.org.

Larga temporada de descenso del número de afiliados

En 1966, había 181.421 religiosas en EE.UU.; en 1965, había 34.858 religiosos. La población de religiosas en EE.UU. se redujo en un 80% de 1965 a 2022, hasta 36.321 religiosas. Los religiosos varones también disminuyeron bruscamente alrededor del 60% durante el mismo período, hasta un total de 13.750 en 2022². Las muertes y salidas de las comunidades religiosas masculinas se vieron compensadas en parte por la afluencia

de hermanos y sacerdotes de otras regiones del mundo, una ventaja moderadora de la que carecían muchas congregaciones femeninas con sede en Estados Unidos.

Aunque no en el número de año, hombres y mujeres siguen sintiéndose llamados a la vida religiosa en sus múltiples expresiones, tanto en las comunidades recién fundadas como en las de larga tradición. Reflexionando sobre esta realidad, la hermana Deborah Warner, CND afirma:



El papel de las comunidades religiosas apostólicas se está clarificando

“La raíz de la preocupación por el futuro de la vida religiosa puede no ser realmente el número de religiosas que ingresan. Es irrelevante si hay diez hermanas o diez mil, a menos que creas que el propósito de las hermanas es proveer de personal a escuelas y hospitales por un salario casi nulo. Entonces, sí, retuércete las manos, porque esa modalidad de vida religiosa está casi con toda seguridad muerta, y es improbable que resucite. La verdadera cuestión que hay que aclarar es el papel de las comunidades religiosas apostólicas en el Canadá y los Estados Unidos del siglo XXI”³.

El papel de las comunidades religiosas apostólicas estadounidenses del que habla la hermana Deborah se está clarificando con las nuevas generaciones que ingresan en las comunidades religiosas estadouniden-

ses. La mayoría ingresa más tarde que sus predecesoras, después de haber completado al menos una carrera universitaria. Tienen más probabilidades que otros católicos de haber participado en escuelas católicas, grupos juveniles y ministerios eclesiales voluntarios o remunerados. Se sienten atraídas por un compromiso de vida radical con Cristo y el Evangelio dentro de una vida comunitaria alternativa y enriquecedora de oración, compañerismo y ministerio.



Todas las comunidades tendrán que responder a los cambios demográficos

Un estudio de CARA de 2014 ha mostrado que, en los últimos años, aproximadamente el mismo número de mujeres están entrando en comunidades alineadas con LCWR (la mayoría sin hábito) que en comunidades alineadas con CMSWR (la mayoría con hábito)⁴. Sin embargo, según encuestas recientes, es más probable que los hombres y mujeres que ingresan en comunidades estadounidenses de reciente fundación se sientan atraídos por el hábito religioso, la práctica de la adoración eucarística y otras oraciones contemplativas, la devoción mariana, la vida comunitaria, el trabajo con jóvenes y/o la evangelización, y la adhesión pública al Magisterio de la Iglesia⁵. Una de estas comunidades, las Hermanas de la Vida, fue fundada en 1991 en Nueva York por el cardenal John O'Connor para dedicarse espe-

cíficamente al ministerio provida. Es una de las comunidades que se está resistiendo a la tendencia de declive, pasando de unos cincuenta miembros en 2006 a más de cien en 2016⁶.

Todas las comunidades, ya sean más tradicionales o innovadoras, tendrán que responder a los cambios demográficos de la población católica estadounidense, que no sólo está aumentando debido a la inmigración procedente de Asia y América Latina, sino que también es cada vez menos blanca. A mediados de este siglo, se calcula que más del 50% de los católicos estadounidenses serán de origen latino. Para ser viables en el futuro, las comunidades religiosas estadounidenses tendrán que comprometerse más con los jóvenes y adultos de diversas etnias e interesarse por sus preguntas, esperanzas y sueños.

El estado actual de la vida religiosa en Estados Unidos es de ebullición. Algunas comunidades que no han recibido nuevas vocaciones en años deben hacer frente a su proceso de agonía, mientras que otras están siendo rejuvenecidas por una “levadura crítica” de miembros jóvenes y veteranos visionarios⁷. Existe el fenómeno creciente de religiosos y sacerdotes internacionales, muchos de ellos procedentes de África y Asia, donde las vocaciones son más abundantes, que aceptan una misión para atender las necesidades de educación y ministerio pastoral de la Iglesia estadounidense. Muchas comunidades han experimentado nuevas formas de compartir su carisma y su misión con los laicos. Una de ellas es la asociación con “asociados” sin votos que se comprometen a seguir un proceso de formación y participan de alguna manera concreta en la espiritualidad y las obras de

la comunidad. Las comunidades más pequeñas se están fusionando con otras más grandes para aumentar su vitalidad y la eficacia de su misión.

Razones para la esperanza

Mi propia Provincia ha disminuido en tamaño, solo en los últimos 6 años, de más de 100 a 87 claretianos, y de ellos solo 45 están disponibles para el ministerio activo. La mayor parte de este descenso se ha debido al fallecimiento de nuestros miembros más ancianos y a nuestra incapacidad para atraer hombres que compartan nuestra vida. También se debe a la desafección o indiferencia que sienten muchos jóvenes hacia la Iglesia. Les hemos catequizado hasta la celebración de su confirmación, pero no les hemos orientado a menudo hacia una relación de fe personal con Cristo que les cambie la vida. Sin embargo, no pierdo la esperanza,

porque nuestro fundador, san Antonio María Claret, al fundar nuestra congregación, exclamó: “¡Hoy comenzamos una gran obra!”. Y sólo había cinco hombres que escucha-

”

La vida religiosa que apasionó a Cabrini y a Claret puede animarnos también hoy

ron su audaz predicción.

Proyectada ahora mismo en los cines de Estados Unidos, la película *Cabrini* muestra cómo una mujer italiana muy luchadora se dedicó, haciendo frente a contratiempos y oposiciones, al acompañamiento y



servicio de los inmigrantes italianos en Estados Unidos y otras partes de América. La Madre Cabrini, como se la llama cariñosamente, junto con sus Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, extendió un “imperio de esperanza” para los pobres de América creando hospitales, orfanatos y escuelas allí donde había más necesidad.



No debemos perder el ánimo ni la fe en el Dueño de la mies

Creo que la vida religiosa que apasionó a Cabrini y Claret puede animarnos también a los religiosos estadounidenses de hoy y a los que, Dios mediante, nos sucedan. Nuestro menor número puede tener el efecto beneficioso de impulsarnos a colaborar más con otras comunidades religiosas masculinas y femeninas y con otros que “se esfuerzan por transformar el mundo según el plan de Dios” (*Constituciones claretianas* 46). No debemos perder el ánimo y, lo que es más importante, la fe en el Dueño de la mies. 

giosa femenina” en *En nuestras propias palabras: Religious Life in a Changing World*, editado por Juliet Mousseau y Sarah Kohles (Collegeville: Liturgical Press, 2018), p. 209-210.

- 4 Mary L. Gautier, “Population Trends among Religious Institutes since 1970”, en *Pathways to Religious Life*, editado por Thomas P. Gaunt, SJ (Nueva York: Oxford, 2018), p. 17.
- 5 Patricia Wittberg, “Comunidades religiosas nuevas y emergentes” en *Pathways to Religious Life*, editado por Thomas P. Gaunt, SJ (Nueva York: Oxford, 2018), p. 155.
- 6 Patricia Wittberg, “Comunidades religiosas nuevas y emergentes” en *Pathways to Religious Life* editado por Thomas P. Gaunt, SJ (Nueva York: Oxford, 2018), p. 154.
- 7 El concepto de “levadura crítica” procede de John Paul Lederach en su libro *The Moral Imagination: The Art and Soul of Building Peace* (Nueva York: Oxford University Press, 2005) pp. 91-94. Afirma que “unas pocas personas estratégicamente conectadas tienen mayor potencial para crear el crecimiento social de una idea o proceso que un gran número de personas que piensan igual”.

1 Patricia Wittberg y Thomas P. Gaunt, “An Overview of the History of Religious Life in the United States” en *Pathways to Religious Life*, editado por Thomas P. Gaunt, SJ (Nueva York: Oxford, 2018), p. 2.

2 Center for Applied Research in the Apostolate, *Estadísticas eclesiológicas solicitadas con frecuencia*, (Washington, D.C., 2023). Descargable en <https://cara.georgetown.edu/faqs>.

3 Deborah Warner, CND, “Viajera, tus huellas son el único camino, nada más: Reflexiones sobre el futuro de la vida reli-

Discurso presidencial*

El carisma de una comunidad es su sangre vital. Es la razón de su existencia. Ese carisma está íntimamente ligado a la misión y al papel que desempeña en la Iglesia y en el mundo. Si el carisma deja de ser relevante, cabe preguntarse hasta qué punto será eficaz la comunidad en su misión y, de hecho, si la comunidad sobrevivirá. La Hna. Patricia Wittberg, hermana de la caridad y socióloga, estimó que la mayoría de las comunidades religiosas tienen una vida de 200 años¹. Y el P. Robert Schreiter, CPPS, afirmó que dos tercios de las comunidades religiosas existentes en la época del concilio de Trento ya no existen².

El gran regalo que el concilio Vaticano II hizo a la Iglesia no fue tanto un conjunto de documentos, aunque ciertamente son importantes. El verdadero regalo fue un espíritu de renovación permanente. El Concilio subrayó la importancia de leer constantemente los signos de los tiempos y, en el proceso, hacer que el Evangelio influya en esos signos. Esto es cada vez más importante en tiempos de transición y cambio. En el contexto de la vida religiosa actual, marcada por la interculturalidad, la vida intergeneracional y, en algunos casos, la disminución, ¿cómo pueden nuestras comunidades no sólo permanecer fieles a nuestros carismas, sino garantizar que nuestros carismas sean eficaces para construir el Cuerpo de Cristo? Yo diría que, si no somos capaces de ver cómo nuestros carismas son relevantes en el mundo de hoy, las comunidades individuales irán desapareciendo poco a poco.

Desde hace setenta y cinco años, la Iglesia atraviesa un importante momento de transición. Hemos pasado de una eclesiología institucional piramidal a un pueblo de Dios peregrino. Ha habido una explosión del ministerio laical. Nuestras liturgias han cambiado. La Iglesia ha tenido que hacer frente a cambios en la sociedad en general. Nos hemos enfrentado a un mundo cada vez más secularizado. La crisis de los abusos ha sacudido a la Iglesia. Estos tiempos de cambio, transición e incluso agitación pueden ser difíciles de afrontar. Sin embargo, nosotros, como líderes de la vida religiosa, estamos llamados a hacerlo.

Hoy en día, las comunidades religiosas están sometidas a enormes presiones sociales. El estrés de los litigios en curso relacionados con los abusos sexuales por parte del clero, la falta de vocaciones, el envejecimiento de la población y los problemas económicos dificultan nuestro ministerio como líderes. Pero yo diría que esas tensiones, aunque ciertamente difíciles de afrontar, no amenazan necesariamente la existencia de una comunidad. Lo que constituye una amenaza existencial para una comunidad es perder de vista su carisma y su misión. 

* Estas palabras están extraídas del discurso pronunciado por el P. Jeffrey S. Kirch, CPPS, en nombre del director ejecutivo de la Junta de Superiores Mayores de Estados Unidos, P. Frank Donio, durante la Asamblea Nacional de 2023 celebrada en Kansas. Se publicó en: *Review for Religious online* — 15 de agosto, 2023.

1 PATRICIA WITTEBERG, SC, *The Rise and Decline of Catholic Religious Orders: A Social Movement Perspective*, Albany, NY: State University of New York Press, 1994.

2 ROBERT SCHREITER, CPPS, *Reimagining Consecrated Life in a Changing World* (lecture, Catholic Theological Union, Chicago, IL, February 12, 2015).

HABLANDO EN DIALECTO



Con flores a porfía

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Venid y vamos todos con flores a María...” Este era en la infancia de muchos el canto mariano por excelencia, a pesar de que casi ninguno sabíamos lo que significaba *porfía* y pensábamos que Porfía debía ser otro nombre de la Virgen. Y ya que hablamos de ella, podemos ensanchar nuestro horizonte e invocarla con algún nombre nuevo, por ejemplo: *Nuestra Señora del No-Saber*. Llamarla así en estos tiempos de perplejidades e inquietudes en la Vida Consagrada puede ayudarnos a reconocerla como verdadera Hermana nuestra y Compañera de nuestras búsquedas.

En cuanto abrimos el Evangelio, la vemos envuelta en ese “no saber” y el relato de la Anunciación nos la presenta hecha un lío –“se turbó”, “no conozco...”– y llena de preguntas: “¿cómo se hará esto...?”, aunque la única respuesta que recibe es que “el Espíritu la cubrirá con su sombra”. Y eso era como decirle: prepárate para vivir una forma de pobreza que consiste en estar envuelta en una nube de incertidumbre y caminando en la oscuridad.

“El ángel, abandonándola, se fue”. Podemos estar seguros de que ella entiende bien lo que nos pasa cuando tenemos la impresión

de que “nos ha dejado el ángel”, de que no nos queda ni rastro de lo nos daban seguridad y de que andamos un poco sin saber por dónde tirar.

Y además se le pierde el Niño, tiene que ponerse “en modo búsqueda” sin *saber*, sin *encontrar* y sin *comprender* (Lc 2,44.45.50). Y le quedaban aún otras experiencias costosas: “no saber” lo que era una vida de tranquila estabilidad y pasar por el despojo de las mudanzas, los traslados y los desplazamientos: deja su casa para ir a la de Isabel y luego a la de José; vive el rechazo de la posada de Belén y conoce, antes que su Hijo, lo que significa no tener dónde reclinar la cabeza. Quizá recordó aquella noche las palabras del Salmo 84 que había rezado tantas veces: “¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos...”, ipreguntándose por qué no se cumplían sus promesas y la tórtola no encontraba nido donde colocar a su polluelo!

En resumen: que se nos pegue la lengua al paladar si nos quejamos y reclamamos “a porfía” tenerlo todo claro y bajo control. **VR**

RETIRO MENSUAL



5

LA FIDELIDAD EN LA PRUEBA

Juan Carlos Martos, CMF

Durante el mes de mayo la piedad popular nos lleva a clavar nuestra mirada en María. Y al finalizar el tiempo pascual, Pentecostés es el acontecimiento que marca singularmente este tiempo. En nuestro retiro nos disponemos para pedir con María al Espíritu que unja a nuestra vida consagrada con el don de la fidelidad. Razones no nos faltan.

Antes de toda otra consideración, es obligado reconocer la entrega con la que la mayoría de los consagrados mantiene sus compromisos evangélicos. E, igualmente, es obligado comprender el sufrimiento que supone a algunos de ellos conservarlos en medio de dificultades, incomprendiones y adversidades. Al

examinar serenamente la vida consagrada, no se puede menos de decir que, en su mayor parte, sacrifican lo mejor de sí mismos por el Evangelio.

Ello no impide que los abandonos y la mediocridad vocacional sigan provocando “gran tristeza”¹ y enorme preocupación. Ambos desencadenan no solo *desánimo* y *desconcierto* sino también una conformista resignación e impotencia ante este hecho amenazador, dejando a la Providencia que disponga lo que mejor convenga para el futuro. Tal fenómeno, unido a “una indudable disminución cuantitativa”² en vastas áreas de la Iglesia, ha dado lugar a una situación de declive sin precedentes.

La fidelidad alude a la autenticidad y coherencia con la que una persona mantiene sus compromisos asumidos ante Dios y la Iglesia. Se trata, sobre todo, de una dimensión teologal. Y, aunque diferenciada, es inseparable de la fe, la esperanza, la caridad y la libertad que hemos tratado en los anteriores retiros. Nos ayudará a profundizar sobre esto la figura de Job.

La fidelidad probada de Job

Al meditar sobre la fidelidad, pongámonos en el pellejo de quien está pasando por una crisis no prevista. En esos momentos, las certezas que le mantenían se van derrumbando. Ese desplome suele ir promovido y acompañado de mucho sufrimiento injusto y de desconcierto. Surgen preguntas como estas: ¿Qué pinto yo aquí? ¿Por qué seguir adelante? ¿Qué me pide ahora Dios? ¿A quién tengo que ser fiel? ¿A Dios, a la institución, a mi conciencia? ¿Y qué significa ser fiel a Dios ahora: seguir o cortar? Preguntas así tocan la línea

de flote de la propia estabilidad vocacional.

Crisis parecidas a esta aparecen en la Sagrada Escritura. En ella desfila una variada pasarela de personajes que pelearon por ser fieles al Señor en circunstancias nada fáciles. Sus vidas explican mejor que las palabras el camino y el precio de la fidelidad. Nos detenemos en Job, figura paradigmática, tratando de encontrar en él un ejemplo y una motivación para mantenernos fieles en los momentos difíciles de prueba.

La historia de Job

La trama de su historia se resume así: Satanás, el “enemigo”, hace una apuesta con Dios asegurando que, si tentaba a Job, este acabaría renegando de su fe. Dios acepta el reto, con la intención de fortalecer la fidelidad creyente de Job. En consecuencia, el justo Job se ve sometido a tremendas calamidades: pierde sus bienes, sus servidores, a toda su familia e, incluso sufre unas úlceras y pústulas que le llegaban desde la planta de los pies a la cabeza (cf. Job 2,7).

Desde el momento en el que el sufrimiento golpea su puerta, Job reacciona de diversos modos, que muestran una paulatina transformación. Resulta aleccionador contemplar sus dos reacciones diferenciadas.

- *El primer Job.* Comencemos deshaciendo un equívoco surgido a partir de la carta de Santiago. En ella Job es presentado como hombre de paciencia ejemplar (cf. Sant 5,11). Esto es verdad si atendemos solo al prólogo del libro de Job. El texto bíblico nos lo presenta como un hombre humilde y resignado (Job 1,6-22). Ha perdido todo lo que le pertenecía y él se rasga las vesti-

duras, se rapa la cabeza y se postra en tierra exclamando:

“Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él.

El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!” (Job 1,21).



Esta docilidad de Job es la que sostiene su fidelidad al Señor

Esa actitud de abandono y aceptación continúa en el capítulo siguiente. Tras ser golpeado en sus bienes, ahora lo es en su salud. Esta nueva e insostenible prueba vuelve a estrellarse contra su rocosa fidelidad. Sus palabras de aceptación son ya más sufridas y agotadas. Respondiendo, por ejemplo, a su mujer, que le invita a blasfemar contra Dios, dirá: “Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?” (Job 2, 10). Esta docilidad es la que sostiene la fidelidad de Job al Señor en los dos capítulos primeros de la historia.

- *El segundo Job.* A partir de ahí todo lo que sigue –que es obra de otro redactor– es un grito desgarrador lanzado contra Dios y contra sus amigos, quienes tratan inútilmente de consolarlo argumentando endebles razones para explicar el sentido de sus males. En el capítulo 3 Job abre la boca para maldecir el día en que nació. Por la visceralidad de sus palabras, Paul Claudel sentenciaba que, entre los libros del AT, “Job es

el más sublime, el más conmovedor, el más audaz, y al mismo tiempo el más enigmático, el más desalentador y, estaría por decir, el más repulsivo”³.



La fidelidad no se sostiene sobre la falsedad

Cuesta armonizar estas dos reacciones contrarias. Tal vez nosotros, en las sucesivas etapas de nuestra vida, pasamos de una a otra para después, volver atrás. Si bien todo el libro está centrado en el segundo Job, es importante recordar que el primero es fundamento del segundo. En medio de pruebas y lamentaciones, este hombre justo nunca dudó de Dios. No quebró su fidelidad. Solo pedía entender.

La exégesis considera que el cuerpo del libro lo constituye la historia del segundo Job, al que se le añadió una introducción, para mostrar a un hombre noble y resignado; y una conclusión que deshace el nudo del drama. Nosotros hemos de leer el libro en su integridad tal como se nos presenta. Por tanto, re tengamos su exclamación inicial, su confesión de fidelidad: “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!” (Job 1,21), que late bajo las sucesivas lamentaciones y protestas.

Observemos que lo que realmente irrita y desespera al segundo Job no es tanto el actuar de Dios que le va despojando de todo, sino los razonamientos pseudorreligiosos de

sus amigos que tratan de convencerle de que el Señor le castiga porque es un pecador. Ese argumento desencadena su enojo, pero nunca le lleva a rechazar a Dios. Solo busca entender el sentido de sus inmerecidos sufrimientos.

Los amigos de Job

Elifaz, Bildad y Sofar se pusieron de acuerdo para ir a compartir las penas de su amigo Job y consolarlo ¿Con qué argumentos dialogan con Job caído ya en desgracia? Tratan de hacer de abogados defensores de Dios y le repiten que todo tiene orden y sentido: Dios solo castiga a los que le son infieles, como sanción y, a la vez, como oportunidad de arrepentimiento. Y si los malvados triunfan y tienen éxitos, esos son pasajeros. En cambio, Él protege a los justos y los salva en todo momento (cf. Job 5,2-16). De forma más o menos expresa, los amigos repetirán con ligeras variantes esta lógica espiritual:

- Si Dios permite el sufrimiento de alguien es porque ha pecado. “¿Sufrés? Algo habrás hecho mal. Si no tú, tal vez tus hijos”.

- Para librarse del mismo hay que arrepentirse y aceptar el castigo divino.

- Al hacerlo, Dios en consecuencia le restituirá salud y hacienda.

Job se rebela contra este razonamiento considerándolo pura palabrería que pretende defender a Dios con mentiras (cf. Job 13,1-7; 16,2,4; 21,34). Se niega a aceptar esa visión superficial y falsa de las cosas. La fidelidad no se sostiene sobre la falsedad. Pero hay un hecho incontestable y escandaloso: ante las injusticias y desgracias que reinan en el mundo, parece que Dios castiga a los inocentes (Job 9,22-24) y, por

el contrario, los malvados son bendecidos (cf. Job 21). ¿Cómo es esto posible?

Ante eso, Job se rebela. Pero sólo le caben dos salidas: o enfrentarse con Dios, o llevarle a juicio para ver quién lleva razón. Ambas salidas, sin embargo, son imposibles (cf. Job 9): Pelear con Dios sería inútil porque Él es más poderoso (cf. Job 10,13-17). Y llevarlo a juicio es utópico, porque Dios no se rebajará, y si lo hace, no atenderá a razones.

Al verse sin salida, Job pasa por diversos estados de ánimo: unas veces suplica, otras veces le reprocha a Dios su crueldad y, en otras, blasfema. Al final insiste pidiendo un juicio. En cualquier caso, siempre se niega a admitir la proporción entre sus presuntas infidelidades y el castigo que está recibiendo. Como tampoco acepta que el orden del mundo sea justo.

El Dios de Job

En todo este drama, más que una meditación sobre el coraje de Job para soportar, lo que aparece en el libro es un desgarrador viaje al misterio de Dios. Él calla, permitiendo que Job le lance sus afiladas preguntas acerca no solo de los males que le abaten, sino acerca del sentido de la vida. ¿Qué razones hay para ser fiel en medio de tanto infortunio? ¿Por qué Dios trata así a quien quiere serle fiel?

Pero Dios no se queda mudo. Acepta el desafío de Job. Recoge el guante y se pone a su altura para entablar un combate cuerpo a cuerpo. Dialoga con Job, pero no desde el banquillo de los acusados, sino desde el pupitre de la escuela: “Voy a interrogarte -le dice Dios- y tú me instruirás” (Job 38,3; 40,7). A continuación, con una profunda ironía, le

lanza una batería de preguntas que no esperan respuesta. Son de una extraordinaria belleza e intensidad (cf. Job 38-41). Con ellas Dios va desgranando su proyecto trascendente y coherente del que el ser humano solo puede intuir los contornos pero que contiene en sí un sentido, accesible solo a quien se le abre con confianza.

Es una nueva pedagogía inaugurada por Dios. Al mandar a Job que se pregunte por todas las maravillas de la creación, Dios abre por completo su mirada (nuestra mirada) a todo lo que es grande e inmenso, a todo lo que se nos escapa, mostrándole que, si el mal no tiene respuesta, el bien aún menos la tiene. La maravillosa obra del Creador tampoco admite réplica. El amor y la belleza, la risa y la vida, la alegría y la danza... se dan sin que sepamos por qué. ¿Por qué hacemos entonces depender todo de la respuesta al mal, si el bien es asimismo un misterio y un misterio infinitamente más grande?



A Dios se le encuentra por el escandaloso camino de la prueba

El libro de Job nos enseña, por consiguiente, a encontrar a Dios no tanto por el camino racional de la lógica de la retribución (te premia si eres fiel), sino por el escandaloso de la prueba, del misterio, de su silencio justo en el momento de ser humillado y herido por ser coherente. Y lo hace desde una perspectiva integral.

Job vive la prueba de su fidelidad como una pregunta sobre Dios y es a Dios a quien hay que hacérsela. Al final del largo discurso divino, Job ha visto el misterio del Creador y repara de frente en su inmensidad. Y, rendido ante tanta grandeza, exclama: “Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos; por eso me retracto y me arrepiento, echado en el polvo y la ceniza” (Job 42,5-6).



La prueba no es necesariamente un castigo

Enseñanzas derivadas

Nosotros, que seguimos levantando la voz cuando no entendemos los peajes que impone nuestra fidelidad, no podemos hacerlo al margen de un nuevo Job que, colgado en una cruz, grita: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46 y Mc 15,34). Jesús no ha traído una solución teórica al problema del mal. Ha cargado con él en un gesto de extrema fidelidad y entrega a Dios, muriendo en la cruz por nosotros. Desde su perspectiva propongo algunas enseñanzas conclusivas.

a) Esperar la prueba. Nuestra fidelidad siempre será puesta a prueba. Es un tributo obligatorio para todos, incluidos los “mejores”. Job, hombre justo en todo, no cargaba con ningún motivo para ser tratado así. Tampoco Dios le echó en cara nada reprobable que explicara sus sufrimientos. La prueba no es necesariamente un castigo. Las conse-

cuencias negativas de la infidelidad son otra cosa que podemos llamar castigo o correctivo. La prueba aparecerá antes o después y será clave para la depuración, acreditación y robustecimiento de nuestra fidelidad: “Por eso, os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más valiosa que el oro que, aunque es perecedero, se aquilata al fuego, merecerá premio. Gloria y honor en la revelación de Jesucristo” (1Pe 6,7).

b) Confiar en Dios, Padre bueno y a la vez misterioso. Él nos conoce a cada uno desde el seno materno (cf. Sal 138). Sabe muy bien cómo somos, incluso antes de probarnos. Mantiene lo que dijo a los israelitas: “El Señor tu Dios te ha hecho recorrer esos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón” (Dt 8,2). Este comportamiento de Dios forma parte de su impenetrable misterio según el cual, aun conociendo y amando infinitamente al Hijo, lo somete a la *kénosis*. La Encarnación y la vida de Jesús fueron para Él sello y garantía de su inquebrantable fidelidad. Y para nosotros una clave de interpretación.

c) Aceptar confiadamente. La realidad es como es. Es bueno hacerse preguntas para tratar de entender qué hay detrás de los hechos. No todo tiene explicación, pero todo tiene un propósito. En el prólogo del libro, se pone en labios de Job una convicción que adelanta una resolutiva actitud, pero que irá elaborando por etapas: “Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo volveré; el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor... Si de Dios aceptamos los bienes, ¿no vamos a aceptar los

males?” (Job 1,21 y 2,10). Esta “injustificable” sumisión, culmen de la existencia humana ante Dios, es presentada desde el comienzo como la postura adecuada que asumir ante lo no comprensible. Nunca tendremos razones para abrazarla. Como le ocurrió a Job, será el fruto de todo un proceso nada fácil de lucha con Dios. Solo esa aceptación no resignada proyecta una chispa de luz sobre la dramática de la existencia.

d) Evitar el exceso de razonamiento. Con la ayuda de Dios, es posible asumir una postura de aceptación ante la prueba. Pero no tardarán en sobrevenir las preguntas difíciles y terribles. A partir de ahí surge un tumulto de sospechas y se experimenta la dureza que supone cumplir lo que se había prometido. Hipotéticamente, el libro de Job hubiera podido concluir al final del segundo capítulo, mostrando que Job había superado las pruebas porque

su amor a Dios era auténtico. En realidad, tuvo que rehacer un camino nuevo. La prueba de Job no es solamente la de haber sido privado de todo bien y estar llagado, sino el tener que afrontar los comentarios de los amigos que, como una voz interior, intentan hacerle perder el sentido de quién es Dios y quién es él. Este es el mayor desafío. La aceptación primera es una gracia de Dios, pero no sustenta aún del todo la fidelidad. Debe pasar por esa segunda criba. **VR**

1 Cf. *PDV*, n. 34.

2 PAPA FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Congreso de Formadores de la Vida Consagrada, organizado por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica*. Sábado 11 de abril de 2015.

3 PAUL CLAUDEL, *Le livre de Job*, Paris 1946, p. 1.

Sugerencias para el tiempo personal y comunitario:

El libro de Job nos lleva a reflexionar y orar sobre la fidelidad y sus pruebas. La lectura de los dos primeros capítulos y algunos párrafos del libro nos permiten mirarnos a nosotros mismos. Ofrecemos algunas preguntas para profundizar y compartir.

- ¿Qué pruebas acosan actualmente a los consagrados? Entendiendo por pruebas aquellos sufrimientos inmerecidos que erosionan la fidelidad vocacional. Descríbelos. ¿Y a ti? ¿Te acosa alguna prueba?
- Job pasó por un cambio interior en su relación con Dios. ¿Cómo ha ido cambiando la tuya en tu historia? ¿En qué te identificas con Job? ¿Reconoces en tu interior la “voz de los amigos”?
- ¿Qué sentido pueden tener las pruebas para la fidelidad? ¿Por qué precisamente los inocentes, los mejores... suelen ser los más probados? ¿A qué contribuye? ¿Qué lección de vida nos está mostrando tal hecho?

El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia

1. Nuestro tiempo es un tiempo de prueba: «es más difícil vivir como una persona consagrada en el mundo actual¹». La dificultad para vivir la fidelidad y la disminución de las fuerzas en la perseverancia son experiencias que, ya desde sus orígenes, pertenecen a la historia de la vida consagrada. La fidelidad, a pesar del oscurecimiento de esta virtud en nuestro tiempo, está inscrita en la identidad profunda de la vocación de los consagrados: está en juego el sentido de nuestra vida ante Dios y la Iglesia². La coherencia de la fidelidad permite apropiarse y volver a conquistar la verdad del propio ser, es decir, permanecer (cf. Jn 15,9) en el amor de Dios.

Somos conscientes de que la cultura actual de lo provisorio, una cultura capaz de generar una fidelidad frágil, no cesa de influir en las opciones de vida y en la vocación misma a la vida consagrada; y “cuando el ‘para siempre’ es débil –afirma el papa Francisco– cualquier razón vale para dejar el camino comenzado”³. La coherencia y la fidelidad a la causa de Cristo no son virtudes improvisadas, sino que requieren ser profundamente conscientes de las implicaciones humanas, espirituales, psicológicas y morales de una vocación a la vida consagrada. Su causa trasciende, interpela e invita a decidirse y dedicarse al y por el servicio del reino de Dios. En este servicio, las convicciones personales y los compromisos comunitarios son un don que se experimenta en la gracia de la conversión; dicha gracia sostiene una fidelidad auténtica que toma distancia de una fidelidad estéril, muchas veces vivida para afirmarse a sí mismo, y de una fidelidad temeraria que desconoce los propios límites y va más allá de las propias posibilidades.

2. [...] Ante el hecho de los abandonos del estado de vida consagrada y clerical –denominador común de situaciones variadas–, la Iglesia, desde hace tiempo, se interroga acerca de la actitud que debe asumir⁴. La vida consagrada misma ha sido invitada en diversas ocasiones a reconocer, discernir y acompañar situaciones de malestar o de crisis, y a no reducir el hecho solo a un alarmante cuadro estadístico sin cuestionarse, al mismo tiempo, sobre el sentido y las implicaciones de la fidelidad y perseverancia de una vocación en la *sequela Christi*: camino de conversión y purificación que ayude a redescubrir el fundamento y la identidad de la propia llamada, sin dejarse llevar por el pesimismo o por la frustración estresante de quien se siente impotente y se prepara para lo peor.

1 FRANCISCO, *La fuerza de la vocación. Una conversación con Fernando Prado*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2018, 49.

2 Cf. FRANCISCO, *Exhort. Ap. Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018), 170.

3 FRANCISCO, *La fuerza de la vocación. Una conversación con Fernando Prado*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2018, 63.

4 Cf. JUAN PABLO II, *Exhort. Ap. postsinodal Pastores dabo vobis* (15 de marzo de 1992), 10.

ALGO ESTÁ BROTANDO



¿Sonreír en la dificultad?

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Sucedió hace poco... Juan se llama un joven fraile que acaba de hacer su profesión solemne en Paraguay; pero una fatalidad terrible sucedió en el viaje que les traía de vuelta a Argentina. Sufrieron un accidente y cayeron a un río, precipicio abajo, incendiándose el coche. En medio de este horror, me cuenta Juan sonriendo, se miró la mano y vio que había perdido el anillo de la profesión. Y allí le nació decirle a Jesús bromeando: ¡Anda! ¿Ya nos hemos divorciado? Me cuenta que, en las semanas posteriores entre hospitales y curaciones, ha sentido de forma muy especial la presencia de Jesús junto a él. Y me lo cuenta riendo.

Ahora recuerdo que, recién salido de la casa de formación de Salamanca, fui destinado al único lugar al que le había dicho al provincial, mi superior, que no quería ir: a Toledo. La primera noche, cuando llegué, aceptando esa obediencia, al cerrar la ventana, vi que apareció detrás de la contraventana un cartelito en que un payaso estaba bajo la lluvia sin paraguas y sonreía. Debajo estaba escrito: "Acepta lo inesperado, te hará crecer". El mensaje era, a su vez, una palabra directa y sin defensa posible. Después de aquella noche, fueron años muy especiales y ricos. Me acompaña, desde entonces, la sorpresa de lo inesperado como un territorio oportuno para lo que Dios quiere sembrar. Tierra de la docilidad a un programa no mío, sino suyo.

Y, a este respecto, siempre recuerdo lo que decía el anterior general, padre Saverio, sobre la Virgen María: la Virgen María no se autorrealizó, sino que se dejó realizar. Lo inesperado siempre encierra algo que necesitas y, tal vez no sabías. Pero en ocasiones se te regala en forma de accidente o enfermedad o pobreza de tan diversos tipos. Hoy me pregunto por el sí escondido en medio de esas situaciones. La sonrisa cuando el dolor y la sensación de fracaso arrecia.

Viene a cuento el Cristo sonriente de san Francisco Javier, que sobrecoge y que impacta. En las hermanas de la madre Teresa de Calcuta de Darjeeling, al Nordeste de la India (Bengala) frente a las montañas del Himalaya, un lugar precioso, encontré un cuadro de Jesús que está riendo a carcajadas, que me sorprendió mucho y me contagió.

Decía Teresa de Jesús que alguna vez, cuando iba a la oración, veía ella el rostro de Jesús lleno de alegría al verla acercarse. Me ha encantado siempre esa vivencia teresiana del rostro de Jesús.

Juan perdió su anillo en un terrible accidente, pero siente que Jesús le sonríe y él sigue sonriendo; ya está en el convento, con el entusiasmo y empeño de siempre. Dispuesto a la aventura inesperada: Ese es su mejor anillo. **VR**



Mons. Luis Marín de San Martín

«Los consagrados tenemos que despertar, pero despertar ya»

Nombrado subsecretario de la Secretaría General del Sínodo y elevado al mismo tiempo a la sede titular de Suliana en febrero del pasado año 2021, el religioso agustino Luis Marín de San Martín recibe a *Vida Religiosa* tras pronunciar una magistral conferencia en el primer día de la 53ª Semana para Institutos de Vida Consagrada organizada por el ITVR. “La vida consagrada está llamada a ser protagonista de una reforma radical de la Iglesia que nos abra al entusiasmo. Creo, sinceramente, que estamos ante un *kairós*”, recalca.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROV. CLARETIANA DE SANTIAGO

¿Cuál es el momento concreto de Iglesia que atravesamos y por qué el papa Francisco nos urge a la sinodalidad?

Estamos viviendo un momento en la Iglesia que nos orienta a la coherencia. Eso es lo que nos pide el papa Francisco como cristianos. Una Iglesia que difunda la experiencia de Cristo resucitado, siendo testimonio vivo de Él en nuestra historia concreta. Cómo hacerlo es lo que debemos discernir entre todos.

Por tanto, coherencia y evangelización son las claves para este momento de renovación profunda en la Iglesia. Ahí se inscribe el proceso de sinodalidad, que se va concretando a través de estructuras y eventos sinodales, como son el sínodo de los obispos, los sínodos diocesanos, los consejos pastorales, los capítulos de los religiosos, etc. No como un ejercicio de autorreferencialidad, sino orientado a la misión. Debemos escuchar y discernir todos cuál es la voluntad del Señor para vivir y testimoniar nuestra fe en el mundo de hoy. Creo sinceramente que nos encontramos ante una oportunidad única.

Acabo de escuchar su conferencia y, si tuviera que resumirla, subrayaría la idea de que vivir la sinodalidad es entusiasmarse por Cristo, que nos impulsa a caminar juntos

Cristo siempre entusiasma. No es un peso, ni una amenaza; tampoco algo inocuo. Llena de luz la vida y da sentido a todo. Pero es preciso conocerle. Hemos sido llamados a la comunión con Cristo entendida como experiencia del Resucitado. Sin duda sabemos muchas cosas de Él, pero ¿lo conocemos realmente? La clave está siempre en el amor, en purificarlo más y más. Pero nadie se enamora de una idea, de una norma o de un

personaje muerto del pasado, sino de una persona viva: aquel que se encuentra con nosotros y nos llama a seguirle llena de sentido lo que somos y es el amor de nuestra vida.

La sinodalidad es la Iglesia dinámica que participa en Cristo Jesús, al que nos incorporamos por el bautismo. Este es el movimiento que nos lleva a profundizar en Cristo cada vez más; es decir, a avanzar en Él y con Él. Entonces sentiremos la urgencia de la evangelización. No se trata de cerrarnos en nosotros mismos, sino que la experiencia de Cristo implica la comunión en la Iglesia, con toda su variedad, y nos lleva al testimonio en nuestro mundo.

¿Cuál es la novedad que aporta la sinodalidad a aquellos planteamientos de gran profundidad que ya nos dejó el Concilio Vaticano II?

El proceso sinodal desarrolla la eclesiología del Vaticano II, sobre todo la que está contenida en *Lumen gentium* y también en *Gaudium et spes* y los demás documentos del Concilio. Se evidencia a veces un gran desconocimiento. Por eso me parece necesario volver al Concilio, retomar muchas de sus líneas teológicas no suficientemente desarrolladas. Pero el Vaticano II es, al mismo tiempo, una llamada a profundizar en el depósito de la fe para comunicarlo en el tiempo concreto que nos toca vivir. La novedad que se nos propone hoy es la novedad del Evangelio: no se trata de inventarnos nada. El Evangelio es ya la novedad absoluta que da sentido a todo lo que hacemos.

¿Y cómo vivir esta novedad?

Desde luego, no separados de Cristo ni de la comunidad cristiana. Y, desde ahí, siguiendo la vocación particular de cada uno. Por eso la eclesiología

del Vaticano II se fundamenta en el bautismo. Luego viene la diversidad de carismas, vocaciones y ministerios. También las distintas sensibilidades y desarrollos culturales. Pero todo nace de la fuente del bautismo. En todo caso, tengamos en cuenta que el Evangelio no se impone. El Señor llama a nuestra puerta y somos nosotros quienes debemos abrir y aceptar. Estamos ante una llamada a la responsabilidad personal. La lógica del Evangelio no cuadra con los cálculos políticos ni con las estructuras de poder. El Evangelio no es una teoría, sino una experiencia de vida que nos abre a la felicidad verdadera y plena. Con la sinodalidad, el Señor llama a nuestra puerta. Ojalá seamos capaces de abrirla en actitud humilde.

¿Acaso no hemos tenido la suficiente valentía para desarrollar el Evangelio?

A veces parece que nos acostumbramos y nos olvidamos de que seguir a Jesús es siempre un riesgo. Queremos que el Evangelio se amolde a nuestros criterios, pretendemos que el Espíritu sea previsible y buscamos un cristianismo tranquilo, amoldado a los criterios del mundo. Y así llegamos al contrasentido de la Eucaristía rutinaria y sin fuerza, al escándalo de la desunión y el enfrentamiento entre cristianos. La sal se vuelve sosa y la luz no ilumina. Olvidamos que los protagonistas no somos nosotros: es el Señor quien llama, es el Espíritu quien mueve. Debemos responder con verdad y coherencia.

¿Tiene la vida consagrada cierta ventaja a otras formas de vida cristiana cuando hablamos de sinodalidad?

La vida consagrada tiene toda una base sinodal en lo que se refiere a comunión, participación y misión. Es algo que vivimos de diferentes ma-

neras y, tal vez, con otros nombres, pero que forma parte de nuestra identidad. Podemos decir que la sinodalidad está en el ADN de la vida consagrada. Me alegra decir que ha sido uno de los ámbitos en los que en la Secretaría del Sínodo hemos encontrado una mayor sintonía. Pero esta valoración positiva implica, al mismo tiempo, una exigencia mayor.

Por eso en su conferencia de esta 53ª Semana de Vida Religiosa ha pedido a los consagrados que estén en la vanguardia

Ciertamente. He pedido a la vida consagrada que recupere la posición de vanguardia en la Iglesia optando por vivir de verdad la radicalidad evangélica, generadora de entusiasmo. Y que lo haga en las opciones concretas y cotidianas. Basta de ir a remolque, de encerrarnos en seguridades, de temer la vida y el riesgo, de acomodarnos. Tenemos que recuperar la dimensión profética.

Nuestra peculiar forma de vida no es autorreferencial. No nos consagramos para encerrarnos en una burbuja, sino para testimoniar lo que vivimos y para acompañar a los demás, siendo fermento en el mundo. No en la retaguardia, ni en la comodidad, ni desde una apuesta de mínimos... Y lo digo porque en ocasiones parece como si tan solo buscáramos la mera subsistencia, dejándonos llevar por la inercia. Así apagamos el fuego del amor y perdemos toda significatividad. Debemos ocupar la vanguardia.

El P. José Cristo Rey García Paredes diría persuadir al mundo...

Efectivamente. No solo con la palabra y con las ideas, sino también, y sobre todo, con el testimonio cotidiano de la vida. Se trata, podemos decir, de contagiar, de transformar desde la experiencia percibida. Se

nos pide persuadir al mundo mostrando la vigencia de los valores encarnados en nuestra vida, tanto personal como comunitaria. El “venid y veréis” tiene toda su vigencia. Escuchamos críticas sobre esta sociedad descreída y alejada de Dios y lamentos sobre la crisis de la vida consagrada. Yo me pregunto si la gente ve a Cristo en nosotros, si somos Evangelio vivo y visible hoy. Porque este es el reto de la vida consagrada: encarnar y reflejar el Evangelio en su radicalidad, mediante la profesión de los consejos evangélicos y la vivencia del carisma del instituto. Y hacerlo testimonio visible.

Estamos en un momento en el que los consagrados tenemos que despertar, pero despertar ya. Sacudirnos el sopor, la resignación, el miedo y saltar a la primera línea con toda la creatividad y el entusiasmo posibles. Habrá quien piense que esto es

muy difícil, y es verdad que lo es sin Cristo. Pero pensemos en las primeras comunidades cristianas: de un grupo pequeño, humanamente lleno de límites, viene una transformación prodigiosa. En menos de tres siglos cambian nada menos que la estructura religiosa del Imperio Romano. Transforman, de hecho, la historia. Y el cristianismo conoce una expansión tremenda. A pesar de las dificultades, comunicaban fraternidad y contagiaban alegría. ¿Y nosotros?

Quisiera preguntarle por la relación que existe entre sinodalidad y democracia

La pregunta es interesante. Se trata de un tema que nos afecta directamente y que sobrevuela este proceso sinodal. Debe quedar claro: sinodalidad y democracia son realidades diferentes. No son sinónimos ni deben serlo. El Papa ha insistido en que el Sínodo no es un parlamento. Algu-



nas razones: no podemos prescindir del Espíritu Santo; en la Iglesia hay diferentes carismas y ministerios; la Iglesia es también constitutivamente jerárquica (evitemos, por favor, considerarla desde una óptica de poder: se trata de servicio); no estamos en una lucha entre bandos ideológicos (el Evangelio no es ideología y, por tanto, tampoco lo es la sinodalidad). Si convertimos el Sínodo en un parlamento, empobreceremos la Iglesia y la falsearemos. Se trata de discernir juntos cuál es la voluntad de Dios y, en esta línea, ayudarnos unos a otros a cumplir las exigencias de la propia vocación. Se discierne en el pueblo de Dios, en la comunidad, y no fuera de ella (*decision-making*). Luego, a quien le corresponde y sobre aquello que le corresponde, toma las decisiones pertinentes (*decision-taking*). No estamos en un régimen asambleario ni tampoco en una dictadura.

Esta es la Iglesia de Jesús: una comunión.

Para comprender este tema puede ayudarnos la hermosa imagen de la Iglesia como familia de Dios. Me gustaría aportar el recuerdo personal de mi familia: mis seis hermanos y yo, junto con mis padres, jamás hemos votado para tomar una decisión familiar. Comentábamos las cosas, expresábamos nuestras opiniones y luego, en algunos temas, se llegaba a consensos. En otros, las decisiones las tomaban mis padres. Cada uno según su responsabilidad, pero todos unidos por el cariño y la búsqueda del bien común. En la familia nos queríamos y ayudábamos, nos respetábamos y nos corregíamos. En la Iglesia, igual. La Iglesia es una familia.

De cara a la celebración de capítulos provinciales o generales ¿Cómo abrir



cauces de escucha para que las decisiones tomadas no les resulten ajenas a nadie?

El tema de la escucha es, sin duda, uno de los retos sinodales que tenemos planteados. Es curioso advertir que, entre los aspectos más valorados en todo el proceso sinodal, se resalta la escucha. Me ha impresionado la cantidad de personas y grupos de la Iglesia, en todos los continentes, que agradecían el haberse sentido escuchados.

En la vida consagrada, en general, tenemos ya mucho camino avanzado y existen estructuras de escucha. Pero el papa Francisco insiste en que el proceso sinodal implica a todos, sin crear élites y sin dejar a nadie excluido. A este respecto y por lo que se refiere a la vida consagrada, avanzo siete propuestas: reforzar prioritariamente la comunión (el sentido de pertenencia al instituto y, sobre todo, a la Iglesia), con una mirada amplia que permita superar los egoísmos (nacionalismos, localismos, individualismos); concretar y desarrollar la interrelación entre todos los que participan en la espiritualidad del instituto, incluyendo a los laicos, sobre todo en lo que se refiere a la misión compartida; potenciar la integración y participación en la Iglesia local y la colaboración intercongregacional; integrar las diferencias (culturales, de edad, etc.), poniéndolas en interrelación, de modo que la pluralidad sea una riqueza; revisar todas las estructuras de corresponsabilidad y participación, con una mirada creativa y considerando su carácter instrumental; cuidar de verdad la formación a todos los niveles; potenciar la comunicación y la información (lenguaje, medios, canales...).

Quiero resaltar también que esta escucha debe ser siempre en el Espíri-

tu Santo. Por eso, todos los procesos de discernimiento en la vida religiosa deben desarrollarse en un clima de oración, en actitud de apertura a lo que el Señor nos quiere decir en cada momento. La escucha no es solamente reunirnos para intercambiar opiniones, ni es presentar una serie de propuestas y votarlas. Uno de los retos que tenemos como vida consagrada es la oración comunitaria, es decir, tener un solo corazón y una sola alma a la escucha del Espíritu, que habla en la comunión eclesial.

¿Cómo integrar las nuevas aportaciones del Sínodo para que no acaben siendo un documento más?

Los trabajos no se orientan a producir documentos, sino a impulsar procesos. Los documentos, de haberlos, deben tener un carácter instrumental; no son un fin en sí mismos. El papa Francisco insiste en la importancia de crear un estilo, una forma de hacer, que penetre en toda la Iglesia. Para lograrlo también hace falta un trabajo de clarificación teológica y canónica y el desarrollo de una praxis concreta. En la vida consagrada debemos potenciar el cuidado de las raíces, sanearlas para recuperar la genuina belleza del amor primero. Como he señalado, es tiempo de arriesgar, implicarse y dinamizar. De escuchar al Espíritu, que abre siempre nuevas perspectivas, de trabajar con generosidad, valentía y creatividad. La vida consagrada está llamada a ser protagonista de una reforma radical de la Iglesia. Creo, sinceramente, que estamos ante un *kairós* que interpela fuertemente a la vida consagrada. Es una oportunidad única. La respuesta depende de nosotros. **VR**

EL ALTAVOZ



Hay esperanza: La melodía de lo nuevo

Silvia Rozas

HIJA DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Hay esperanza. Lo dice la melodía de Dios que escuchamos cada día y a todas horas por nuestras calles. Dice así: Hay esperanza. Solo hay que afinar un poco el oído para escucharla, para hacernos conscientes, hacer silencio y reconocer al Señor que habla. Y aunque no la escuchemos con claridad, repite conmigo: HAY ESPERANZA.

Hace unas semanas nos encontramos en Madrid un grupo de religiosos y religiosas que tenemos entre 5 y 15 años de Primera Profesión. El objetivo era presentar una encuesta que CONFER ha hecho sobre nuestra relación con nosotros mismos, con la autoridad, con la comunidad y con nuestra vocación. Fue un verdadero encuentro, de esos en los que las notas musicales comienzan por separado, con timidez, hasta que se crea una melodía que suena a Evangelio, a compromiso, a consagración, a fuerza de Dios.

Por eso, hay esperanza, porque los jóvenes religiosos buscamos relaciones sanas en la comunidad, no nos conformamos con las formas tan valiosas de hace unos años sino que deseamos escuchar juntos, como adultos, al Espíritu que habla a los consagrados del siglo XXI. Por cierto,

el concepto de joven, tan confuso en nuestra vida consagrada, desdibuja la realidad actual e infantiliza a los supuestos jóvenes de 40, 50, 60 años. En realidad ¿qué se quiere decir detrás del adjetivo “joven”?

Uno de los aspectos que se compartió en este encuentro es la necesidad de escuchar la melodía que está ya recreando el carisma de nuestras congregaciones, mirando las necesidades de nuestra Iglesia y nuestra sociedad. Y este compartir, profundo y fraterno, tenía notas de serenidad, notas del deseo de ser más del Señor, notas que urgían a anunciar el Evangelio al hombre y a la mujer de nuestro tiempo, sin importarnos si somos más o menos. Por eso, hay esperanza, seguro, hay esperanza. Y esta esperanza del Señor ha hecho surgir ya lo nuevo. Escuchemos bien porque la melodía está en nuestras comunidades. Suena bajito... y está sonando. **VR**



CONCLUSIÓN: UN ESTADO DE VIDA INSPIRADO POR EL EVANGELIO

Tomado de: Volo Pérez, Ricardo, *Una vida inspirada por el Evangelio*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2014, 117-122.

Al finalizar nuestro itinerario de estudio, consideramos que ha quedado suficientemente patente el estrecho lazo que une la vida consagrada con la Sagrada Escritura. Tanto las fuentes históricas concernientes a sus orígenes, como los abundantes testimonios de la tradición acerca de su desarrollo reflejan una imagen cristalina: la vida religiosa es concebida y es gestada en la matriz de la lectura espiritual de las páginas inspiradas. Ella germina en los surcos de una tierra abundantemente regada por los relatos sagrados. Por consi-

guiente, resulta no sólo justificado sino absolutamente necesario hablar de su “inspiración bíblica” o de sus “raíces bíblicas”.

Por consiguiente, en la conclusión de este libro quisiéramos porfiar en poner de relieve esta constatación: al hablar de una “inspiración bíblica” estamos afirmando que la vida consagrada no solo es conforme a la Escritura o al Evangelio, sino también que ha sido efectivamente inspirada por él. En el marco de una lectura *espiritual y carismática* de la Sagrada Escritura, hemos constatado el influjo que

los libros canónicos, particularmente los del Nuevo Testamento, ejercen de manera singular en este estado de vida desde los albores de su existencia. A través de una lectura creyente de la Biblia, la acción del Espíritu ha suscitado un modo peculiar de seguimiento de Jesús y una modalidad específica de vivir la Buena Noticia por Él predicada.

Esta aseveración, que hemos adoptado como premisa nodal de nuestro recorrido, no nos induce a pensar que existan relatos en el Evangelio que hagan referencia a la vida consagrada de forma privada. No hay pasajes en la Escritura que los religiosos puedan pretender aplicarse de manera particularista. La Biblia es patrimonio de todos los cristianos. Pero es propio del Espíritu hacer que los textos y pasajes inspirados resuenen de forma variada en la conciencia y en el corazón de los cristianos, suscitando y haciendo brotar diferentes carismas en el seno de la comunidad creyente. En virtud de la acción del Espíritu, hay ciertos textos de la Biblia y ciertos aspectos de la figura de Jesús testimoniada en el Nuevo Testamento que a los religiosos nos incumben, afectan e interpelan de manera singular. En este sentido hemos afirmado que en la Escritura encontramos la inspiración original, germinal, que ha suscitado la vida consagrada, y que gradualmente la ha convertido en un rico y frondoso árbol de múltiples ramas y flores.

Desde este horizonte de comprensión, la teología bíblica aplicada a la inspiración bíblica de la vida consagrada no puede caer en una dicotomía, tan estéril como inapropiada, entre exégesis crítica e historia. Por el contrario, hemos querido afirmar repetidamente que exégesis, historia y teología han de progresar en absoluta armonía si queremos enmarcar

adecuadamente y con fruto el estudio de esta temática. Esta específica teología bíblica ha de partir y tener muy en cuenta cómo, de hecho, históricamente, *las páginas sagradas han inspirado e influido profundamente en los grandes fundadores y en las figuras señeras de la vida consagrada* a lo largo del tiempo. Es este un dato, un fenómeno carismático, que la exégesis crítica no puede negar ni preterir. Más bien, la disciplina exegetica moderna puede ofrecer una relevante aportación en el discernimiento e iluminación de esta estrecha relación entre vida religiosa y Biblia. Comprendiendo siempre que tal exégesis se emplea en la Iglesia partiendo de una premisa fundamental: la Biblia es Palabra de Dios porque ha sido inspirada por el Espíritu (*Dei Verbum* n° 9) y ha de ser leída e interpretada en el mismo Espíritu que la inspiró (*Dei Verbum* n° 12).

Pues bien, esta inspiración germinal que percibimos en la vida consagrada refleja una manera peculiar de sentirse atraído y llamado por la figura de Jesús, testimoniada por los evangelios. Con la intención de encauzar apropiadamente este punto de la temática, relacionada con la identidad propia de la vida consagrada en la Iglesia, hemos sugerido traducirla de la siguiente manera: ¿qué aspectos de la figura de Jesús influyeron de forma peculiar en las mujeres y hombres que fueron dando cuerpo al carisma de la vida religiosa? ¿Qué dimensiones de su mensaje impactaron, por acción del Espíritu Santo, más vivamente en sus corazones y en su existencia? ¿Qué palabras inspiradas tuvieron mayor resonancia en sus vidas? Y así hemos respondido: la vida consagrada, en virtud de la gracia divina, se ha sentido llamada a abrazar el *mismo estilo y proyecto*

de vida que Jesús adoptó durante su existencia terrena. Se ha sentido impelida a acoger, de forma conjunta, en profunda simbiosis, las tres dimensiones u opciones fundamentales de Cristo a lo largo de su misión en el mundo: su obediencia, su pobreza y su celibato por el Reino.

La vida consagrada se ha visto igualmente interpelada por el discipulado que caracterizó al grupo de los doce apóstoles, con las notas singulares de las que este seguimiento de Jesús se revistió durante su ministerio público. La vida consagrada está llamada a encarnar carismáticamente los rasgos fundamentales del discipulado propio de los doce apóstoles. Los textos que describen tanto la modalidad de vida de Jesús como la modalidad de discipulado citado no son patrimonio exclusivo de los religiosos. Ahora bien, interpretados en el marco de la lectura integral y orgánica del Nuevo Testamento, estas narraciones han gestado, por acción del Espíritu, un estado de vida peculiar en el seno de la comunidad creyente. Por gracia del Espíritu, los consagrados estamos llamados a ser exégesis viva y prolongación permanente del celibato de Jesús, de su pobreza y de su obediencia absoluta al Padre. En virtud del dinamismo del Espíritu, los consagrados adoptamos de manera radical las facetas que caracterizan el discipulado de los apóstoles: el abandono drástico del género de vida anterior para seguir a Jesús en plena disponibilidad, conviviendo con Él y adoptando su mismo estilo de existencia, para continuar su propia misión en el mundo. En el contexto de estas afirmaciones hemos evocado un pasaje de la Exhortación *Vita consecrata* que consideramos programático: “El fundamento evangélico de la vida consagrada se debe buscar en la

especial relación que Jesús, en su vida terrena, estableció con algunos de sus discípulos, invitándoles no sólo a acoger el reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su forma de vida” (nº 14). Elementos troncales que después, cada carisma, ha sabido traducir y adaptar en función de la vocación y la misión concreta que desempeña en la Iglesia.

La profesión de la obediencia, de la pobreza y del celibato viene a ser la traducción espiritual y existencial que la vida religiosa ha llevado a cabo en la historia del estilo de vida de Jesús y del seguimiento especial de los apóstoles. Por consiguiente, no podemos dejar de afirmar que los religiosos estamos llamados a ser, en la Iglesia y en el mundo, un signo especialmente visible de la radicalidad del evangelio. Para nosotros el término “radical” cobra sentido genuino y pleno en comunión con los otros estados de vida, pero sin permitir que su singularidad quede, por ello, difuminada. Hemos sido llamados a vivir esta radicalidad en el sentido literal etimológico del vocablo: como tensión permanente hacia la raíz, que es la persona de Jesús. Como carisma que ha de asumir el *mismo estilo de vida de Jesús* con toda la intensidad de sus exigencias. En consecuencia, estimamos que un curso de teología bíblica aplicada a la vida consagrada adquiere, como cometido primordial, mostrar en detalle y explicitar con ponderación estas aseveraciones esenciales. Ha sido nuestra intención y nuestro deseo llevar a cabo esta tarea a lo largo del presente libro. **VR**



Los misioneros combonianos del Corazón de Jesús

Miguel Ángel Llamazares González, MCCJ

Al presentarme como misionero comboniano, en algunos ambientes en España surge la pregunta: “misionero combo... ¿qué?”. Luego, las cosas se van aclarando al mencionar África, *Mundo Negro* y *Aguiluchos*; un continente y dos revistas misioneras con las que frecuentemente se nos identifica.

Para hablar del origen de los Misioneros Combonianos tenemos que remontarnos al siglo XIX, cuando Europa estaba en plena revolución industrial y todos los países buscaban

extender sus zonas de influencia, particularmente en África, un continente aún desconocido para muchos europeos. Hacia este continente se dirigieron numerosas expediciones con la intención de abrir caminos, explorar y apropiarse de nuevos territorios para extraer recursos materiales y humanos. La esclavitud era aún una realidad en muchas partes del continente.

El joven Daniel Comboni, nacido en 1831 en la localidad italiana de Limone sul Garda, seguía con

sumo interés todos estos acontecimientos. Siendo alumno del instituto del P. Nicolás Mazza en Verona, donde se preparaba para el sacerdocio, Daniel escuchaba con todo el corazón el testimonio de algunos misioneros austrohúngaros sobre la misión que habían iniciado en África central, hoy Sudán y Sudán del Sur. Una vez ordenado sacerdote, también dirigió su mirada hacia el continente africano y sus gentes, pero como hombre de fe no lo hizo desde los mezquinos intereses humanos, sino con ojos llenos de compasión por las condiciones sociales y espirituales de hermanos y hermanas por los que Jesús había dado su vida en la cruz.

Daniel Comboni partió hacia Sudán, por primera vez, a los 26 años como miembro de un grupo de seis misioneros. Su primera experiencia misionera en África estuvo marcada por las inclemencias del clima y las enfermedades tropicales. Aquella expedición afrontó tantas dificultades que, pasados apenas dos años, solo Comboni regresaría con vida a Italia. Este sería el primero de los siete viajes que realizó hacia el corazón de África en sus 50 años de vida.

A pesar de los enormes desafíos que suponía la misión africana, Daniel Comboni nunca se echó para atrás, diseñó nuevas estrategias para compartir el Evangelio en África creando nuevas comunidades cristianas, centros de formación y luchando por acabar con la esclavitud. Fundó dos institutos misioneros para que la misión en África central pudiera salir adelante: uno masculino en 1867 y otro femenino en 1872. En julio de 1877 fue nombrado Provicario apostólico del Vicariato de África central y en agosto de ese mismo año recibió la consagración

episcopal, convirtiéndose en el primer obispo de África central.

Daniel Comboni también vivió la Misión en Europa. En el viejo continente trabajó por las misiones en África, realizando numerosos viajes de animación misionera por diversos países: Italia, Francia, Austria, Reino Unido, Alemania... usando su tiempo y energías para dar a conocer la misión africana, buscando apoyos, misioneros, misioneras y fondos para sostener las misiones en Egipto, Sudán y su obra de Verona, donde había establecido el centro de formación para los misioneros y las misioneras de África. En 1972 fundó también la publicación "Los Anales del Buen Pastor", convencido de la gran importancia de los medios de comunicación para hacer conocer la urgencia de la misión en África al mayor número posible.

La muerte lo encontró en Jartum (Sudán) el 10 de octubre de 1881. Su fallecimiento y la revolución iniciada por Muhammad al-Mahdi, que llegó a establecer un estado islámico en Sudán y parte de Egipto, casi pone fin a la obra evangelizadora comenzada por Comboni y su pequeño grupo de misioneros y misioneras. Sin embargo, el Espíritu mantuvo vivos los precarios institutos misioneros fundados por Daniel Comboni y estos fueron creciendo y extendiendo su labor evangelizadora en Egipto, Sudán, Uganda y otros muchos países.

La entrega total a la misión en África de Daniel Comboni se alimenta de la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús, tan vigente en su tiempo y que transmite el gran amor de Dios por el mundo manifestado en Jesús. Este amor se concreta en la entrega del Buen Pastor, de cuyo corazón traspasado brota la vida para todos, también para los africanos,

tan marginados y explotados en los tiempos que vivió Comboni.

Los misioneros y las misioneras de Comboni asimilaron la espiritualidad y el carisma de su fundador, que podemos resumir en algunas de sus frases:

- “Salvar África por medio de África”. El plan de Comboni para la misión en África brota de la confianza en los mismos africanos, protagonistas de la evangelización de sus hermanos y hermanas.

- “Las obras de Dios nacen y crecen al pie de la Cruz”. La misión está marcada por la presencia de la cruz, en la que está presente el Crucificado, Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Esperanza, entrega, confianza, perseverancia, son palabras que cada misionero lleva grabadas en el corazón.

- “La misión en África ha de ser católica..., no puede ser solo italiana, alemana, francesa o española...”. Todas las fuerzas de la Iglesia se han de unir para llevar la buena noticia del Evangelio a África, ya que la misión supone unir fuerzas, trabajar juntos en colaboración y comunión.

- “Quiero hacer causa común con cada uno de vosotros y el día más feliz de mi vida será aquel en que pueda dar la vida por vosotros...”. Para Comboni la misión es compartir la vida entera y caminar con el pueblo al que uno es enviado.

- “Santos y capaces”. Así quiere Comboni a los misioneros y misioneras para el trabajo en las misiones africanas.

Comboni ha dejado unos principios misioneros que en su tiempo fueron proféticos y hoy siguen siendo de una enorme actualidad:

- La misión de la Iglesia es obra de Dios, de Dios nace y hacia Dios lleva a todos y todo.

- El misionero no es el protagonista de la misión, sino un invitado al servicio del Reino, que colabora con las Iglesias locales y las personas hacia las que ha sido enviado.

- Las dificultades son parte de la vida y parte de la misión, la cruz es el sello del amor de Dios manifestado en Jesús.

- La misión no es exclusividad de nadie, ni personas ni grupos. Toda la Iglesia evangeliza cuando vive en comunión y construye la fraternidad.

Los institutos misioneros fundados por Comboni han extendido su presencia en África y más tarde en América donde comenzaron a trabajar entre las comunidades de afrodescendientes de Ecuador, Brasil, Colombia, etc. A finales del siglo pasado se abrió la presencia en el continente asiático en respuesta a la llamada de la Iglesia en la encíclica *Redemptoris missio*.

El Espíritu, que nunca deja de soplar, ha suscitado otras dos ramas en el árbol de la Familia Comboniana: las Seculares Misioneras Combonianas (1950) y los Laicos Misioneros Combonianos, constituidos como movimiento a finales del siglo XX, aunque los misioneros laicos siempre han estado presentes en las misiones africanas desde los tiempos de Comboni.

San Daniel Comboni fue canonizado el 5 de octubre de 2003. Su familia carismática mantiene vivo en la Iglesia el mandato de llevar la Buena Nueva a todas las naciones, porque mientras haya una sola persona en el mundo que no conozca a Jesús la misión no habrá terminado. 



La temperatura de la comunión en la Iglesia

Desde hace más de medio siglo, la Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada es una cita anual para muchas personas consagradas que participan en ella de manera presencial o virtual. El tema de este año -*Comunión y fraternidad, dos tareas siempre pendientes*- ha buscado iluminar los problemas de polarización, egocentrismo y dispersión que hoy vivimos. Pronto saldrá el libro que recoge las conferencias, del que esta crónica es un anticipo.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROV. CLARETIANA DE SANTIAGO

Bajo el lema “Comunión y fraternidad: dos tareas siempre pendientes”, el Instituto Teológico de Vida Religiosa (ITVR) de Madrid celebró entre los días 3 y 6 de abril, en la Octava de Pascua, su 53ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada. En ella participaron, tanto de manera presencial como *online*, aproximadamente 2.000 personas que hicieron constar a los organizadores la inmensa grandeza de la teología con la que fueron enriquecidos en estas jornadas de formación. Y es que, partiendo desde Cristo Resucitado, centro y cimiento de la comunión y modelo de la fraternidad, la Semana fue desarrollando su programa dividiéndolo en cinco bloques que se enmarcaron en sugerentes epígrafes: somos Iglesia — somos camino — somos comunión — somos fraternidad — somos construcción.

”

No todo está hecho ni está dicho. Estamos invitados a hacer algo propio

“Somos Iglesia porque a imagen de los primeros cristianos estamos llamados a ser capaces de sentar a comer en la misma mesa, la de la fracción del pan, a los contrarios. Y, en esto, nos distinguirán de otros grupos”, explicaba el P. Antonio Bellella, misionero claretiano, en la síntesis de estos días pronunciada al final de estas jornadas.

Seguidamente, el profesor y director del ITVR recalcó que, “somos camino como aquel que recorrieron

los discípulos de Emaús, pues somos una senda que transita del silencio vacío a la conversación iluminadora, de la desilusión a la alegría, de la cerrazón de mente a la apertura de corazón”.

En tercer lugar, y para hablar de la comunión, el religioso hizo referencia al lenguaje, llamando la atención sobre la palabra “comunión”, y cómo esta “ha resistido el embate de la evolución semántica poscristiana, pues conserva un gran significado profundamente religioso y se refiere primariamente a la participación en el sacramento de la Eucaristía”. “Es interesante, —continuaba razonando el misionero— al tiempo que profundamente acorde con la vida de fe, que el pueblo una comunión y Eucaristía, Eucaristía con sacramento de la entrega y el amor de Dios sin límites que se plasma en el amor fraterno”. “Cada vez, pues, que participamos en la Eucaristía estamos reclamando la coherencia cristiana de la comunión”, añadió.

Respecto de la cuarta clave, “somos fraternidad y sororidad”, el conferenciante subrayó “el proyecto común que hacemos nuestro a imagen del camino de Cristo en el Evangelio”, es decir, “pasar haciendo el bien, procurando mostrar un nuevo rostro del Maestro y reconstruir la Iglesia desde una nueva propuesta de vida, cimentada en las obras de misericordia”. Finalmente, “somos construcción”, pues a ojos del experto “no todo está hecho, ni está dicho”; antes bien, “estamos invitados a hacer algo propio, no con afán de ‘narcistear’, sino con la conciencia de la gran dignidad de cada persona y la gran responsabilidad que cada uno contrae con Dios, con los hermanos y consigo mismo”, concluyó.

Alta teología combinada con excelentes comunicadores

La mesa presidencial del primer día fue inaugurada con un breve saludo institucional que pronunció el cardenal Aquilino Bocos, fundador de estos encuentros, que abordó los temas que vertebran estas jornadas de formación -la comunión y la fraternidad-, con unas palabras que interpellaron directamente a la vida religiosa, constatando que esta “siente la urgencia de testimoniar la comunión, la fraternidad, la solidaridad y la paz”. Es más, los consagrados “saben -como decía Bonhoeffer- que solo se aporta desde la diferencia”. “Ser distintos no significa ser opuestos”.

“Estamos llamados a ser ‘expertos en comunión’ y a ofrecer a este mundo tenso y dividido en el que vi-

vimos, un testimonio inequívoco de fraternidad”, proseguía el prelado. “Es nuestra mejor contribución a la sinodalidad en la Iglesia”, abundó.

”

La sinodalidad pertenece a la esencia de la Iglesia

Y de sinodalidad trató la primera conferencia de la Semana, que corrió a cargo de monseñor Luis Marín de San Martín, miembro de la Secretaría General del Sínodo de Obispos. En ella, el religioso agustino nos recordaba que “la sinodalidad no es



algo ocasional, sino que pertenece a la esencia de la Iglesia". "Es un elemento estructural y configurador", advertía.

Otros grandes profesores y teólogos combinaron interdisciplinariamente temas sociales, eclesiales y específicamente concernientes a la vida consagrada, previniéndonos de caer en la carencia de fraternidad, que al cabo encoge y sobrecoge el corazón. Así, fueron especialmente celebradas las intervenciones de los religiosos claretianos Mariano Sedano, Pablo Largo, Luis Alberto Gonzalo Díez y Carlos García Andrade, que ahondaron en la propuesta de las primeras comunidades cristianas y en una relectura aterrizada de la

vida de las mismas en los consagrados hoy.

En definitiva, del tema elegido para estas jornadas pudo deducirse que hay mucho que hablar y otro tanto que hacer, pero siempre desde la firme intuición de que la vida consagrada siente hoy, en su identidad y en su misión, la llamada apremiante a intensificar la comunión interna y a seguir construyendo proyectos de fraternidad acordes con los carismas y con el Evangelio. 



**CENTRO DE ESPIRITUALIDAD
CARMELITAS MISIONERAS**
Avda. de la Inmaculada, 3 - 05005 (Ávila)
centroesp.cm@gmail.com
tfno.: 920 22 86 38 / 608 221 301
www.casacarmelitana.es

PROGRAMA - 2024

25-28 abril. Jornadas de Contemplación. Beatrice D´Cunha, cm

10-12 mayo. El cuerpo camino del Espíritu. M^a José Mariño, cm.

24-26 mayo. Como gestionar nuestras emociones. Paloma Marchesi, cm.

28 junio - 5 julio. Ejercicios Espirituales. Antonio Kadissi, ocd.

1-7 agosto. Ejercicios de Silencio Contemplativo. Beatrice D´Cunha, cm.

9-16 agosto. Ejercicios Espirituales. David Jiménez, ocd.

6-12 sept. E. Espirituales con orientación psico-espiritual. Paloma Marchesi, cm.

23-30 sept. Ejercicios Espirituales. Ángel Marino García, Sacerdote del Prado.

3-10 octubre. Ejercicios Espirituales. Luis Carlos Muñoz, ocd.

14-17 noviembre. Escuela de silencio. Lola Montes (discípula del P. Moratiel).



¿Es el yoga para los cristianos? (I)

Paulson Veliyannoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

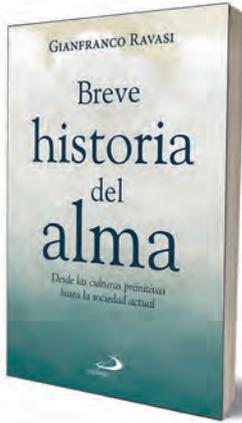
La espiritualidad oriental y sus numerosas prácticas son motivo de fascinación para muchos en el Occidente; y para algunos, son un escándalo. Una de esas prácticas que se ve con recelo en algunos círculos católicos es el *yōga*. Para ellos, el yoga es una práctica pagana y contraria a la fe católica. ¿Lo es? Quizá olvidan que varias fiestas cristianas, entre ellas la Navidad y la Pascua, son adaptaciones de fiestas paganas, reinterpretadas a la luz de Cristo y bautizadas con la teología cristiana. Si Cristo es el deseo de las naciones –como vimos en el artículo del mes pasado–, los anhelos y prácticas culturales pueden traducirse y adaptarse infundiéndoles la revelación evangélica. En este sentido, el yoga también puede hacerse cristiano si se entiende y aplica correctamente.

Por desgracia, en Occidente, lo que se ha popularizado como yoga y se ha convertido en un negocio son sobre todo *āsana* (ejercicios posturales) y *prānāyāma* (regulación de la respiración). El yoga clásico, llamado *Ash-tānga Yōga* de Patanjali, consta de ocho partes (*ashtānga* significa “ocho miembros”): *yama* (abstinencia), *niyama* (observancias), *āsana*, *prānāyāma*, *pratyāhāra* (retramiento de los sentidos), *dhāraṇa* (concentración), *dhyāna* (meditación) y *samādhi* (unión contemplativa).

Yama consiste en cinco tipos de abstinencias: *ahimsa* (no violencia), *satya* (veracidad), *astēya* (no robar), *brahmacharya* (castidad) y *aparigraha* (no posesión). *Niyama* consiste en cinco prácticas: *saucha* (limpieza), *santōsha* (satisfacción), *tapas* (ascetismo), *svādhyāya* (estudio) y *eeswarapranidhāna* (contemplación de Dios). *Āsana* y *prānāyāma* se refieren a diversas posturas corporales y ejercicios de control de la respiración, respectivamente. *Pratyāhāra* se refiere al dominio sobre los propios sentidos para que el mundo sensorial no nos controle. *Dhāraṇa* es la determinación de un solo propósito, que nos conduce a *dhyāna*, la capacidad de meditar y contemplar la verdadera realidad. *Samādhi* consiste en perderse en la unión con el Absoluto.

No es de extrañar que el mundo comercialice solo dos de los ocho miembros del yoga; los otros seis no se pueden monetizar; ini los clientes los quieren, ya que van en contra de nuestros intereses mundanos! Es una lástima que incluso *āsanas* y *prānāyāmas* se reduzcan a meros ejercicios para tener un cuerpo *six-pack* y longevidad, iy no como prácticas espirituales! ¿Cómo podemos recuperar el yoga como práctica espiritual y cómo pueden hacerlo los cristianos? Lo trataremos en el artículo del próximo mes. **VI**

LECTURA RECOMENDADA



Breve historia del alma. Desde las culturas primitivas hasta la sociedad actual

Gianfranco RAVASI

465 PÁGS.

San Pablo, Madrid, 2024

¿Tiene usted ganas de viajar? ¿Le apetecería una singladura fluvial por un río largo? Gianfranco Ravasi ofrece en esta obra un recorrido por los paisajes del alma. El horizonte, las fuentes, el curso del río y la desembocadura son los sugerentes encabezamientos de las partes que constituyen este volumen. Una navegación en busca del alma perdida (cfr. p. 44), costeanado la realidad de lo humano más allá de la isla del cuerpo. Sí, de eso se trata, de redescubrir la experiencia del alma, superando el prejuicio de que su era ya ha pasado, escondida y reducida en nuestros cuerpos.

Es un viaje apasionante el que propone Ravasi con su enorme erudición cultural, filosófica, antropológica y, sobre todo, teológica y espiritual. Este es un libro para gozar. Un libro que exige tiempo para leer, aunque el autor lo haya descrito en el título como una “breve” historia. No hay que dejarse engañar por su humildad, pues es un libro “río”, en el que perderse por sus más de cuatrocientas páginas es una aventura no apta para quienes no pueden pasar de los ciento cincuenta caracteres.

Ravasi explora, profunda y reflexivamente, el itinerario de los siglos y las civilizaciones que han utilizado el con-

cepto y la experiencia del alma para confrontarse con el significado de la conciencia humana, la espiritualidad, la vida después de la muerte y, en general, la relación del hombre con Dios y sus semejantes. Sus descripciones muestran verdaderamente el arcoíris polifacético de los significados del alma. Ravasi compara su recorrido con la lectura y el trabajo de “quien descifra un antiguo palimpsesto: no nos contentaremos con la escritura superficial, sino que intentaremos identificar la inferior y oculta ... cuyas huellas permanecen y deben ser reconstruidas con paciencia incluso a través de signos mínimos” (p. 28).

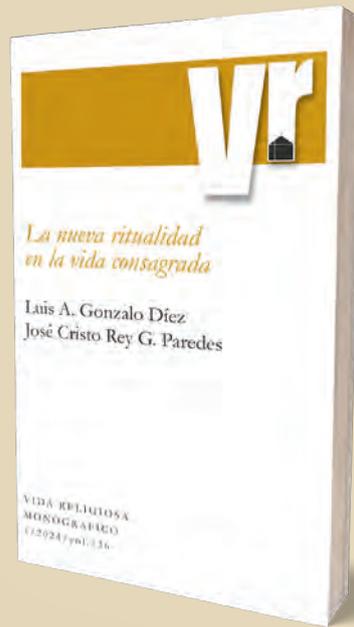
No es fácil describir el hábito con que los seres humanos nos hemos definido en todas las épocas y corrientes espirituales, pero el autor consigue que ese viaje sea posible, con la intención de curar el olvido de lo que más nos constituye: nuestra alma humana, irreductible y viva.

El libro es una gran contribución a la literatura espiritual actual, tan marcada por propuestas pragmáticas ocasionales y lenguajes de autoayuda. Un libro culto para pensar y volver a las fuentes del río del alma que no se han secado jamás.

Pedro Manuel Sarmiento cmf.

La nueva ritualidad en la vida consagrada

Luis A. Gonzalo Díez
José Cristo Rey G. Paredes



El término **ritualidad** es difícil de acotar. En el ámbito de la vida consagrada, se puede confundir con hábitos reiterados y **fuerza de la costumbre**. Pero la ritualidad de las **personas consagradas** debe celebrar el don de haber constituido una **sociedad justa** por gracia de Dios. No puede existir un pueblo sacerdotal, una **comunidad soñada por Dios**, sin ritualidad.



Al **servicio** de *la Vida Consagrada*



INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA

- Doctorado y Licenciatura en Teología de la Vida Consagrada
- Diplomado en Teología de la Vida Consagrada
- Experto en Teología de la Vida Consagrada (online)
- Semana Nacional de Vida Consagrada



ESCUELA REGINA APOSTOLORUM

- Aula de Noviciado
- Aula de la Vida Consagrada
- Formación continuada

 Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo.
28008 | Madrid

Visítanos y contacta con nosotros



626 278 077
915 401 273



itvrmadrid



itvr



itvr.org



secretaria@itvr.org



626 278 077